

El camino del destino

Martín Corbo

MARTÍN CORBO EL CAMINO DEL DESTINO



Capítulo 1

EL CAMINO DEL DESTINO

Índice

PARTE I
Pág. 7

PARTE II
Pág. 31

PARTE III
Pág. 55

PARTE IV
Pág. 79

PARTE V
Pág. 105

EPÍLOGO
Pág. 159

PARTE I

CAPÍTULO 1

1

La criatura regresó al frente del autobús con tranco pausado, cerciorándose de si algún pasajero demostraba todavía signos vitales. El silencio que inundaba la carrocería era momentáneamente interrumpido por el zumbido proveniente de la maltrecha -pero aún funcional- radio de la cabina. Completar la recorrida de inspección le demandó poco tiempo más de lo que había dedicado a devastar el interior del vehículo minutos antes.

Descendió por la puerta, y la suspensión del bus liberó de pronto la mayor parte del peso que lo había colocado a ras del suelo. Las luces intermitentes arrojaban la única luminosidad en la noche cerrada que cubría la desolada ruta. La bestia se alejó de la maltratada unidad desplazándose sobre sus cuatro extremidades, dejando una estela de

polvo a su paso.

Pasaron casi dos horas hasta que por fin se decidió a incorporarse. Las afiladas garras del engendro le habían generado heridas en el abdomen, y el golpe en la cabeza -luego de volar por sobre varias filas de asientos- demandaría posiblemente varios días de analgésicos. Observó a su alrededor, y rápidamente confirmó que era el único sobreviviente. Por qué él; y por qué no había alcanzado el mismo destino que los demás le resultaba imposible de comprender.

Se desplazó con dificultad por el pasillo, cubriendo sus lesiones con un abrigo y presionando la herida con ambas manos. Posó ambos pies sobre el pavimento, y contempló en la lejanía a la aurora que intentaba asomar. Sin tener certeza de hacia dónde, comenzó a caminar transversalmente a la ruta. Lo único que deseaba era alejarse a tiempo, antes de que alguien más encontrara ese caos, y tener que enfrentarse con preguntas que lejos estaba de poder contestar.

2

La planta urbana de Ansina se alejaba en el espejo retrovisor. Aunque aún quedaba la mayor parte del trayecto por cubrir, la camioneta mantenía su velocidad en el límite que evitaba una segura detención de la policía caminera.

“- Ramón, subí un poco el aire. Siento que me estoy por desmayar”, dijo Victoria mientras volvía a secar el sudor de su frente con el pañuelo.

“- Tus deseos son órdenes”, contestó, burlándose en sus adentros de la eterna dicotomía que resultaba la gestión del aire acondicionado entre el hombre y la mujer.

“- ¿A qué hora te espera tu patrón?”.

“- En tanto lleguemos para el embarque, no va a haber problema.”.

“- Es el primer fin de semana que te tomás libre en meses; podría tener un poco de consideración también, ¿no?”.

Discutir nuevamente sobre el tema era una causa perdida. Decidió guardar silencio, y concentrarse en la ruta.

“- ¡Ramón! ¡Hay alguien al costado del camino! ¡Pará, por favor!”, suplicó

Victoria.

El vehículo derrapó sobre el balastro suelto ante la intempestiva frenada. Cuando se detuvo por completo, Ramón abrió la puerta, salió de la cabina y se aproximó lentamente hasta el individuo que yacía sobre la banquina. Recostado sobre su vientre, notó el charco de sangre que se había formado a un lado.

“- Victoria, traé el botiquín, tenemos que ayudarlo, y rápido”.

Victoria buscó los implementos de primeros auxilios debajo de su asiento, y se apresuró hacia donde estaba Ramón. “- ¿Qué le pudo haber pasado? Estamos en la mitad de la nada”.

“- Vamos a ayudarlo primero, luego buscamos respuestas”, contestó Ramón con desconcierto. “- Con cuidado, vamos a voltearlo”. Delicadamente, colocaron al desconocido boca arriba. La piel del rostro, enrojecida, denotaba una prolongada exposición al rayo del sol. “- Debe haberse desmayado por el calor y la deshidratación”, concluyó. “- Voy a buscar un poco de agua”.

“- No demores”, respondió Victoria.

La temperatura de la botella transitaba de natural a tibia, pero era mejor que nada. Ramón colocó un poco de líquido en su mano, y lo frotó por la cara del desfallecido.

A continuación, intentó darle de beber, procurando que fuera una dosis que no empeorara la situación. “- Creo que con esto lo aliviaremos un poco. Vamos a ver esa herida”. Retiró la campera que cubría parte del abdomen, y notó las lesiones en carne viva. “- Dios mío; con qué animal se cruzó este hombre que lo dejó así”. Tomó el alcohol y las gasas del botiquín, roció la totalidad del líquido sobre la lesión y la cubrió con los apósitos.

El desconocido pasó de la inconciencia a recuperar el conocimiento en fracción de segundo. El alarido que emitió, producto del ardor que le provocaba el desinfectante, los ensordeció por unos segundos, para dar paso a un zumbido agudo que se alojaba en los tímpanos.

“- Tranquilo, que está todo bien. Ya pasó lo peor”, dijo Ramón mientras continuaba con el procedimiento de esterilización. “- Tenemos que llevarlo con un médico urgente”, agregó.

El hombre lo miró a los ojos, y Ramón constató el terror que se alojaba en los suyos. Con esfuerzo, comenzó a platicar en un tono casi inaudible. “- ... Por favor... sáquenme de este lugar... Antes de que regrese... Por favor,

por favor...". Las lágrimas interrumpieron su locución.

"- Ramón, ¿qué hacemos?! Si algo o alguien lo atacó y lo dejó en este estado, ¡debe ser peligroso! ¡Y quizás esté por la zona aún! ¡Tenemos que irnos!", rogó Victoria.

Ramón asintió, y juntos comenzaron a incorporar despaciosamente al herido. "- Vamos, con cuidado. Sino hacemos movimientos bruscos, será mejor para él.". Marcharon hacia la camioneta, y ubicaron al extraño en el asiento trasero en posición horizontal, de manera de evitar que la zona afectada sufriera la presión del tren superior.

"- ¿A dónde lo llevamos entonces?", preguntó Victoria mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

"- Lo mejor será regresar a Tacuarembó, y llevarlo al hospital público".

"- ¿Y tu jefe?".

"- Ya habrá tiempo para avisarle".

CAPÍTULO 2

1

Francisca terminó de aprontar la bandeja, y salió al patio trasero con un plato repleto de bollos caseros y café recién hecho. Felipe trabajaba con las bicicletas resguardado en la única sombra del lugar, aprontándolas para el paseo matinal de los domingos.

"- Prohibido tocar los bollos hasta que te laves las manos", advirtió Francisca con una sonrisa socarrona.

Felipe admiró la grasa que recubría sus palmas, e imprevistamente untó el pegajoso lubricante en sus mejillas. "- Y vos tampoco, hasta que te laves la cara", respondió con una gran carcajada.

Francisca lo contempló boquiabierto, y anotó en su libreta mental la futura venganza. "- ... Dale, vamos a lavarnos. Así podemos aprovechar la mañana antes de que venga la lluvia".

Felipe primereó el turno en el baño, y cuando acabó el trámite notó la llamada perdida en su teléfono celular. Se arrimó hasta la mesa del estar, y verificó el remitente. Cuando Francisca salió del baño y lo alcanzó en la

sala, percibió su semblante incómodo.

“- ¿Qué pasa? ¿Malas noticias?”.

Felipe se mantuvo en silencio por un instante. “- Perdón, vamos a tener que posponer el paseo. Surgió algo importante”.

Francisca evitó mostrar su descontento ante una nueva cancelación de planes, aunque sabía que con Felipe era inútil intentar encubrirlo. “- ¿Estás seguro de que esto es lo que querés? ¿No te está costando demasiado pagar derecho de piso?”.

La abrazó por la cintura, y la acercó a su hombro izquierdo. “- Ya sé que te tiene cansada todo esto, pero te pido que aguantes un poco más”.

Victoria lo contempló desafiante, convencida de que lo que estaban sacrificando poco valía la pena. “- Dale, andá nomás. Esto te va a costar otra temporada de la novela, te aviso”.

“- ¿Puedo elegir otro castigo?”, preguntó Felipe.

“- Negativo”. Lo besó primero en los labios, luego en la frente. “- Prometeme que te vas a cuidar”.

“- Prometido”.

Entró a la comisaría, y rápidamente advirtió el clima tenso que reinaba entre sus compañeros. Se aproximó al escritorio de uno de los subalternos, quien intentaba abstraerse de su entorno encaminando trabajo de archivo. “- ¿Algo de lo que tenga que preocuparme?”, consultó.

“- No lo sé, el comisario mayor llamó a varios oficiales a su oficina hace un rato, y solamente se escuchaban gritos. Cuando salieron, corrieron hacia las unidades que estaban estacionadas al frente de la comisaría y salieron a toda velocidad”.

Felipe agradeció la información, y con un dejo de timidez se arrimó hasta la puerta del despacho principal. Llamó a la puerta, y esperó a que lo autorizaran a ingresar.

“- Entrá”, ordenaron desde el interior sin más preámbulos.

A medida que abría la puerta, logró percibir con facilidad el nerviosismo que su superior disfrazaba con una actitud de enfado. No era necesario recurrir a su talento para notarlo. “Comisario mayor, vine tan pronto como

pud...".

"- Ahorráte las disculpas, los demás ya están en camino. Tenés un viaje largo por delante. Elegí a alguno de los oficiales que está de turno y súbanse a un patrullero lo más rápido que puedan", dijo mientras el color carmesí brotaba en sus mofletes.

"- ¿Puedo preguntar a d...?"

"- Está todo en el informe que llegó desde la seccional de Tacuarembó. Conseguí una copia y la podés ir leyendo en el camino".

Felipe confirmó la orden, y presurosamente se retiró del lugar, cerrando la puerta detrás de él. Identificó varias copias del informe en cuestión en la impresora; tomó uno de ellos y lo colocó en su mochila. Se dirigió al vestuario, y señaló al primero de los subalternos que se cruzó en su camino.

"- Vos... Precisamos un vehículo. Nos vamos en cinco".

El subordinado miró hacia los costados, y confirmó que era a él a quien apuntaban. "- Sí... sí, señor". E resto de sus colegas continuaba con sus cosas, desentendiéndose del asunto.

Felipe se dirigió a la cocina, y sirvió el fondo de la jarra de café en una taza. Descubrió con el primer sorbo que estaba completamente frío, por lo que abrió la puerta del microondas, colocó el pocillo dentro y marcó un minuto en el panel. Cuando la campana avisó que su bebida estaba lista, ingirió con disgusto el negro líquido que claramente permanecía en la cafetera desde la noche anterior.

"- Señor, todo pronto", avisó una voz a sus espaldas. Felipe se volvió, y encontró al subalterno designado apenas asomándose por la puerta. Si la sola presencia del comisario solía ser suficiente para amedrentarlo a él, claramente generaba el mismo pánico entre sus inferiores.

"- Nos vemos en la puerta en un minuto. Asegurate de que tenga tanque lleno, tenemos un viaje de cuatrocientos quilómetros por delante y no quiero hacer paradas".

"- Sargento... no revisé los niveles. Las unidades estaban en mantenimiento cuando dieron la orden a los demás. No sé en qué condiciones está la nuestra".

"- Tenés diez minutos. No queremos problemas con el comisario mayor, ¿verdad?"

“- No señor, para nada”, contestó mientras desaparecía hacia el exterior del edificio.

2

La unidad cruzó el puente del río Yi, teniendo aún un par de horas de viaje por cubrir. El informe narraba un incidente curioso y aberrante a la vez. Un bus interdepartamental de pasajeros había sido descubierto a la mitad de la ruta 43 -una ruta interna y que no formaba parte de su recorrido original-. No se identificaban indicios de colisión en la carrocería, aunque tampoco se registraban sobrevivientes entre el pasaje. Excepto, por un hombre hallado a kilómetros de allí y derivado a un centro de salud en Tacuarembó, que alegaba no recordar nada de lo sucedido.

La radio irrumpió con un mensaje de la central. *“- Atención a todas las unidades: tenemos una fuga en curso. El testigo desapareció de su habitación. Dirigirse inmediatamente al lugar”*.

“- Mierda”, dijo Felipe. “- Prendé la sirena y acelerá”, mandó al agente al volante.

“- Sargento, faltan casi doscientos kilómetros, la ruta viene bastante cargada con los camiones...”.

“- Si tengo que manejar yo, pará el auto ahora mismo”, desafió Felipe.

El agente volvió la vista hacia el frente, y comenzó a presionar el acelerador. La aguja del velocímetro pasó prontamente de 110km/h a 160 km/h.

3

El suero casi agotaba su contenido. La enfermera retiró el recipiente plástico del gancho, y colocó uno nuevo. Observó al paciente, y comprobó que dormía profundamente. Los sedantes finalmente habían surtido efecto, y le permitían descansar un poco del tumulto que había vivenciado. Le colocó otra frazada sobre el cuerpo, y bajó un poco más la persiana para disminuir la luminosidad.

Dejó la habitación, y se dirigió a la enfermería para actualizar la planilla del paciente. Su turno estaba por terminar, y su reemplazo debía estar al llegar. En el pasillo, un policía que destacaba por su alta estatura caminaba en sentido contrario. Lo saludó alzando su mano derecha, y aunque no hubo respuesta del uniformado, continuó despreocupada de su

presencia. En las últimas horas, en el hospital pululaban los uniformados a causa de la presencia del único testigo de un terrible accidente.

La situación había trastocado totalmente la rutina del lugar. La camioneta había llegado a la puerta de la emergencia horas antes, y con la exigua explicación que la pareja que había trasladado al hombre pudo aportar, el director del centro decidió dar parte a la policía. Al principio, el interrogatorio avanzó sin mayor claridad. El paciente brindaba explicaciones confusas de lo sucedido, y por momentos contradictorias. Los agentes confirmaban que algo más se escondía tras sus palabras.

Cuando recibieron la notificación de que un peón rural había hallado el bus en la mitad de la nada mientras arreaba ganado, y de la escena calamitosa que presentaba, la situación se tornó de pronto en un asunto de nivel nacional.

La enfermera se despidió de sus compañeras, tomó su abrigo y bolso y se dirigió hacia los ascensores. En el trayecto, notó que la luz de la habitación del ahora célebre paciente estaba encendida. Posiblemente, el doctor de guardia hacía su recorrida para constatar su estado. Presionó el botón de descenso en la botonera, y se montó a la máquina.

4

El espigado uniformado giró lentamente el picaporte, y empujó la puerta con suavidad hacia el interior de la habitación. Desconocía si las bisagras terminarían por chirriar, pero no quería correr riesgos. El hombre yacía recostado en la cama, aparentemente transitando un sueño profundo.

Avanzó hacia su ubicación, y colocó su mano sobre la frente del paciente. Inmediatamente, abandonó su estado de somnolencia, y la rigidez invadió su cuerpo de pies a cabeza. “- Es inútil que te resistas; cuanto más lo hagas, más va a doler. Ahora, vamos a irnos de este lugar”.

Los ojos del paciente casi se salían de sus órbitas. Intentó gritar, pero sus cuerdas vocales no producían sonido alguno. Comenzó a percibir que su cuerpo comenzaba a incorporarse para sentrarse en la cama, absolutamente contra su voluntad.

Se puso de pie a un lado del catre, y comenzó a caminar delante del fingido representante de la ley.

“- Vamos a bajar por las escaleras de servicio; queremos llamar la atención lo menos posible”, explicó su secuestrador.

Alcanzaron la planta baja sin dificultad, y egresaron por la parte trasera del edificio. Pocos metros más adelante, un Ford Falcon de color rojo óxido resplandecía a la luz del sol. La puerta trasera se abrió frente a ellos, aunque nadie se encontraba en el del vehículo. La desesperación se apoderaba del raptado. Su captor lo ingresó con vehemencia al interior, y aterrizó sobre un tapizado de terciopelo escarlata. El techo, las butacas delanteras, el panel, todos recubiertos con la misma tonalidad. Un par de dados de felpa colgaban en la mitad de la luneta, tras su cabeza.

“- Ya podemos irnos. Ponete cómodo, y disfrutá del viaje”. El vehículo se encendió, y la suavidad del sonido del motor endulzaba sus oídos. El Falcon abandonó su lugar en la calzada, y se perdió entre los demás vehículos algunas cuadras más adelante.

5

Felipe y su subalterno dejaron la carretera, para ingresar a la capital de la patria gaucha. Se dirigieron al punto de encuentro, y allí tropezaron con decenas de patrulleros en las inmediaciones del hospital. Estacionaron el vehículo en el primer lugar que divisaron, y descendieron raudamente.

“- Voy a buscar al comisario a cargo, averiguá lo que puedas con los demás policías que están en la puerta”, ordenó Felipe.

Los gendarmes que custodiaban la entrada le cortaron el paso, pero al enseñarles sus credenciales inmediatamente identificaron su rango y le permitieron continuar. Al final del pasillo, divisó una comitiva que involucraba al responsable del procedimiento.

“- Comisario; Sargento Ceballos de la Metropolitana, reportándose”, dijo mientras le ofrecía el saludo protocolar.

El comisario se disculpó con los demás, y abandonó la ronda. Señaló el fondo del pasillo, y Felipe lo acompañó. Llegaron a un consultorio vacío, y al entrar cerraron la puerta.

“- Sargento, tengo entendido que tiene usted una aptitud que nos pueden ayudar en este gran enredo. El comisario mayor Benavidez me pidió discreción, y cumplí a rajatabla con su solicitud. Esto va a ser entre usted y yo”.

“- Le agradezco; de preferencia no suelo usarla en el trabajo, pero en este caso estamos frente a una situación por demás especial”.

“- Ni que lo diga. Tengo un bus interdepartamental que apareció donde el diablo perdió el poncho; todos los pasajeros fueron hallados sin vida,

excepto por nuestro prófugo. No hay señales de que el vehículo haya sufrido un accidente de tránsito. En cambio, lo que encontramos en la cabina muestra signos de que algo con una fuerza sobrehumana arrasó con todo lo que encontró a su paso”.

“- ¿Sabemos quién es nuestro testigo?”.

“- Su nombre es Carlos Méndez. Tiene orden de captura por el asesinato de un matrimonio muy adinerado en el departamento del Río Negro, y del cura que lo fue a visitar en su reclusión. En el equipaje de la bodega encontramos un bolso repleto de dinero, que había despachado previo a subir al bus. Evidentemente, la gravedad de su herida le impidió cargarlo cuando abandonó el lugar del ataque”.

“- O temía tanto de que la cosa que los agredió regresara, que prefirió huir apenas tuvo oportunidad de hacerlo. ¿Podemos visitar el lugar de los hechos?”, indagó Felipe.

“- Por supuesto. Es lo siguiente que iba a sugerir. Ya di la orden de que despeje la zona todo aquel que no sea imprescindible, así tendremos el lugar para nosotros”.

CAPÍTULO 3

1

El Falcon abandonó la lisa textura del asfalto, y se adentró en el áspero camino vecinal. Carlos continuaba sin tener control sobre sus funciones motrices, pero había decidido relajarse hasta el punto en que le fue posible y no combatir lo que sucedía. Al menos por el momento. Notó que su conductor mantenía la velocidad a pesar de lo desperejo del camino. Si bien el auto parecía estar en excelentes condiciones tanto en su exterior como interior, conducir de esa manera se le hacía sino temerario.

“- Sé lo que estarás pensando. No hay de qué preocuparse; nunca le he hecho ni siquiera un rasguño, y no voy a empezar ahora”, afirmó su captor. Aunque el vehículo era espacioso, el conductor casi alcanzaba el techo de la cabina con su cabeza, y su asiento se colocaba casi hasta el fondo del corredero.

Durante el trayecto, esporádicamente rebasaban algún vehículo o motocicleta que viajaba en sentido contrario. Al alzar la mano cumplía con la formalidad de mostrar educación, y no despertar sospechas. Carlos observó al frente un centro poblado que se aproximaba en la visual del

parabrisas. Difícilmente pudieran entrar al lugar sin aminorar. Era su oportunidad de que alguien notara que algo no marchaba bien dentro del Falcon.

La dirección giró abruptamente hacia la izquierda, y el vehículo derrapó violentamente sobre la tierra, para tomar un camino aún más angosto e irregular.

La suspensión del Falcon rechinaba con cada pozo con el que hacían contacto. Imposibilitado de interactuar aún en forma alguna, y sumergido en un viaje absolutamente monótono, sus pensamientos capturaban su atención casi por completo. ¿Acaso su cómplice lo había traicionado para reforzar aún más su parte del botín? ¿O en cambio, la familia del difunto matrimonio lo había localizado, y lo había secuestrado para equilibrar las cuentas? Había considerado llevar el bolso con él al abandonar el bus, o al menos parte del dinero; pero las circunstancias lo habían impedido.

La sorpresiva baja en la velocidad lo hizo volver en sí. El Falcon comenzaba a entrar en un pequeño predio cercado con alambre de púa. La construcción al fondo del mismo constaba de un garaje, una pequeña construcción sin ventanas y una puerta al frente. Cuando la marcha se detuvo por completo, el falso policía colocó el freno de mano y retiró la llave del arranque. “- Vas a tener que esperarme un minuto acá, mientras que abro la puerta del garaje”. Descendió del vehículo, y levantó la puerta metálica hacia adelante. El Falcon comenzó a avanzar por sí solo, con un andar calmoso, internándose en el lóbrego recinto. El haz de luz comenzó a empequeñecerse a medida que la puerta volvía a cerrarse. Cuando la oscuridad lo alcanzó por completo, sintió que volvía a recuperar control de su cuerpo, permitiéndole articular un grito resonante que lo ponía al borde de la locura.

2

El cordón de seguridad policial detuvo el patrullero del comisario apenas por un instante. El oficial a cargo rápidamente se apersonó ante el vehículo y, reprendiendo al cadete, les dio paso inmediatamente.

“- Novatos”, reflexionó Felipe mientras mantenía la vista al frente.

“- Le indicaron que nadie debía entrar al lugar, y acató la orden a rajatabla”, agregó el comisario.

Se detuvieron justo delante de la segunda cinta amarilla, que rodeaba por completo al autobús. Ubicada a un kilómetro de distancia del primer control, contaban con la privacidad acordada para realizar el reconocimiento de la escena. El comisario descendió del automóvil, y

cruzó el perímetro por debajo de la cinta. Felipe repitió sus acciones enseguida detrás de él.

“- Me aseguré de que nadie tocara nada. Todo dentro está tal cual el momento en el que lo encontraron”, aseguró el comisario.

“- ¿Y los cuerpos?”.

“- ... Tampoco los hemos movido. Fue una decisión difícil, pero probablemente todos los cajones estén cerrados de cualquier manera. Me pareció más relevante conseguir pistas que nos permitan saber qué carajo fue lo que pasó”.

Felipe asintió en señal de comprensión.

“- ¿Vas a precisar que me vaya para hacer lo tuyo, o te puedo acompañar?”, preguntó el comisario. El tono de su voz denotaba ansiedad.

“- No es un acto de magia, ni un truco de circo si es lo que está esperando”, respondió.

“- Perdón, no quise faltarte el respeto”.

“- Está bien; puede quedarse si quiere”. Felipe subió los escalones que se encontraban al pie de la cabina, y cruzó la puerta hacia el interior de la carrocería. Prontamente, la percepción de sus cinco sentidos se agudizó, permitiéndole evocar el desarrollo de los acontecimientos tal cual se dieron. El ataque de la bestia se había producido en una ráfaga que ciertamente le costaría narrar.

El comisario lo contemplaba a la distancia, dándole algunos metros de intimidad. Los temblores y jadeos de Felipe se volvían cada vez más vehementes. Había visto alguna vez a una persona sufriendo de convulsiones, pero esto tenía que ser aún peor. Dudaba de si acercarse e intentar ayudarlo, o en cambio aguardar a que el episodio culminara. Cuando finalmente parecía que todo volvía a la normalidad, Felipe parecía sufrir un último ataque, más enérgico que los anteriores. Su cabeza arqueó hacia atrás de tal forma que parecía iba a desprenderse. Volvió a encontrarse con su pecho de forma súbita, y se desplomó sobre el suelo.

“- ¡Felipe!”, exclamó el comisario.

Un penetrante aroma obligó a Carlos a recuperar la conciencia. Abrió los ojos, y el inicial desenfoque de sus ojos se confirmó en la negrura que imperaba en el ambiente. El desconocido lo había colocado en una silla, y lo había atado de pies y manos a ella. Notó la agitación en su pecho, y el sudor en cada uno de sus poros. Al frente de la habitación, se encontraba su anfitrión, quien permanecía de pie admirándolo.

“- Escuche; no sé quién lo contrató para hacer esto, pero tiene que dejarme ir. Esa gente no merece desquite; tenían que pagar por lo que le hicieron a mi madre. Incluso, podemos intentar recuperar el dinero que llevaba en el bus. Si tan sólo...”.

“- Ahórrese la perorata”, ordenó su raptor. “- No me interesa lo que haya hecho antes de subirse a ese bus. Más tarde podrá rendir cuentas por sus actos”. Hurgó en los bolsillos de su abrigo, y extrajo un cigarrillo y un encendedor. La lumbre apenas dejaba ver los rasgos de su rostro.

“- Entonces, ¿qué es lo que quiere?! ¿Qué, por Dios?!”, clamó con desespero.

“- La criatura no terminó por matarte, por alguna razón que aún no consigo descifrar. Nunca había visto algo así. Tenés un dote único, y lo vamos a precisar”. Exhaló el humo por su nariz, y dio otra bocanada al tabaco.

“- ¿Dote? ¿Precisar? ¿Para qué?”.

“- Vamos a ir a cazar a esa bestia. Pero primero, tenemos que reunir al resto del equipo. La siguiente integrante nos espera en la ciudad capital. En unos minutos partimos”.

“- No hay forma de que me vuelva a subir a ese auto diabólico”, reclamó Carlos.

“- No es una pregunta”, respondió su secuestrador.

PARTE II

CAPÍTULO 1

1

“- Felipe, es hora de irnos”, dijo Andrea a su pequeño, quien la admiraba con obediencia tomado de su mano. Caminaron de regreso hacia la acera,

alejándose de la lápida que una vez más era rodeada por las flores y presentes que habían colocado allí. Se cumplía el segundo aniversario de la muerte de Luis, y esta visita no había sido menos angustiante que las anteriores.

Felipe retuvo una de las palabras grabadas en la piedra, que no lograba comprender. “-Mamá, ¿qué quiere decir ‘amado’?”.

Andrea lejos estaba de asombrarse con la pregunta. Si bien hacía apenas unas semanas que comenzaba con la lectura en el salón de clases, Felipe había demostrado facilidad desde el principio con las asignaciones escolares. “- Quiere decir que amamos mucho a tu papá, mi amor”. Intentó evitar las lágrimas, pero rápidamente comenzaron a correr por sus mejillas.

“- ¿Mamá, estás bien?”.

“- Sí, todo está bien. Ahora, volvamos a casa. Tenés tarea para terminar y a mí me quedan muchas cosas por hacer en a casa”.

Felipe finalmente conseguía conciliar el sueño, y Andrea regresó a la sala de estar. De dejó caer sobre el viejo sillón, y cerró los ojos buscando alivio.

Criar al niño no había sido tarea sencilla, incluso con Luis. Su don manifiestamente era una variación del de su padre, mucho más intenso y potente. Lidar con ello le había generado a Felipe problemas de relacionamiento, tanto con los demás niños de su edad, como también con los adultos. Su condición limitaba mucho la vida social de la familia, que por lo general prescindía de asistir a cumpleaños familiares, o eventos extracurriculares del colegio.

La muerte de su marido la tomó completamente desprevenida. No porque una eventual falla cardíaca estuviera fuera de las probabilidades, sino porque al fin parecían haber conseguido establecer el rumbo de sus vidas. Ambos tenían trabajo, y lograban cubrir el presupuesto familiar sin mayores sobresaltos. Incluso, las recientes reformas de la casa agregaban un nuevo ambiente para lo que esperaban fuera la habitación de un cuarto integrante de la familia. Juntos eran más fuertes, y nada parecía poder derrotarlos.

La noche del infarto, intentó desesperadamente reanimarlo por sus propios medios. Sabía que el llamado a la emergencia médica no sería suficiente. Simplemente no llegarían allí a tiempo. Observar a Luis desvanecerse de la silla como un peso muerto, de un instante para otro, le

afirmó que el ataque había sido fulminante y mortal.

Ahora, la soledad le imponía un tremendo desafío para seguir adelante. Podría conocer a alguien por pura necesidad de no quedarse sola en el mundo. Pero encontrar a un nuevo compañero que empatizara con su situación, y en particular con la de Felipe, la resultaba algo absolutamente lejano.

2

Durante la adolescencia de su hijo, las reuniones en la dirección del liceo de turno se volvieron moneda corriente. Completar el ciclo básico se volvía un objetivo cada vez más esquivo para Felipe, así como el descubrimiento de una vocación.

La noche que el comisario Jiménez se presentó en su casa con Felipe dentro de un patrullero, comprendió que habían llegado a un punto límite.

“- Horacio, qué pasó...”.

“- Andrea; detuvimos a Felipe por robar un auto. El propietario hizo la denuncia. Tendría que ingresarlo en un hogar para menores por los antecedentes que tiene en Secundaria”.

Andrea se volvió hacia Felipe, quien evitaba el contacto visual. “- Horacio, te lo ruego por lo que más quieras. Dale una oportunidad. Vos sabés mejor que nadie por todo lo que pasamos...”.

“- Una cosa no justifica la otra, Andrea”.

“- Lo sé, lo sé. Pero tiene que haber alguna forma de que me ayudes y evitar que lo internen”.

El comisario resolló. “- Me estás pidiendo que mire hacia el costado”.

“- Sé que no tengo a derecho a pedirte nada, pero hazlo por Luis...”.

“- Y ahí está; tuviste que involucrarlo. Andrea; algún castigo va a tener que constar en el legajo. Lo mejor que puedo hacer es intentar conseguir trabajo comunitario. Voy a tener que cobrarme unos favores para hacerlo”.

“- Felicitaciones, Felipe. Tu papá estaría muy orgulloso”, dijo el comisario Jiménez mientras se fundía en un abrazo con el muchacho.

“- Muchas gracias, comisario”.

“- Ya te dije, me podés llamar Horacio. De tal palo, tal astilla...”.

Andrea se les unió, y besó en la mejilla a Felipe. “- Estoy muy contenta por vos, y lo que lograste con tanto esfuerzo. ¿Y ahora, donde sigue el festejo con tus compañeros? No todos los días uno se gradúa del bachillerato”.

Felipe observó al grupo que saltaba y cantaba en el centro del salón. “- Creo que voy a quedarme en casa. Si el viejo estuviera con nosotros, es lo que me hubiera gustado hacer. Una cena en familia. Horacio, ¿nos acompañaría?”.

El comisario se sonrió, y vio la aprobación de Andrea en su mirada. “- Bueno, pero solamente si me dejan que yo invite las botellas de vino”.

La cena se desarrollaba distendidamente. Andrea, maravillada del presente que vivenciaban, agradecía a Dios porque Felipe hubiera encontrado un rumbo. Regresó de la cocina, y sirvió la carne al horno con papas, su especialidad.

“- Bueno, qué pinta que tiene esto”, congratuló el comisario.

“- Hay suficiente para repetir, que nadie haga cumplido”, respondió Andrea.

“- Mas vino, ¿Felipe?”, ofreció el comisario.

“- No, muchas gracias. Una copa es suficiente. Voy a pasarme al agua”.

“- Le vas a dar un susto a tu madre”, bromeó.

“- Ya le di suficientes, ya era hora que me hiciera cargo de mis actos de una buena vez”.

“- Propongo un brindis: por Felipe, y todo lo mejor para lo que viene en esta nueva etapa. Y por tus padres, que dieron todo por vos”.

Andrea secó la humedad de sus ojos con una servilleta, y levantó su copa.

“- Felipe, tengo una propuesta para hacerte”, comenzó el comisario. “- Hay una posibilidad de que se genere una vacante en la comisaría. Sería un puesto de auxiliar para asistir a los cadetes en tareas administrativas. Nada muy deslumbrante, pero puede ser un comienzo”.

“- Horacio, no es necesario...”, comentó Andrea.

“- Es algo que quiero hacer. El cambio de actitud en Felipe ha sido notable. Si puedo ayudarlo a dar sus primeros pasos, será un gusto personal que me estaré dando. ¿Qué decís, Felipe?”.

“- Acepto, ¡por supuesto!”. Se levantó de la silla, y estrechó la mano del comisario. A continuación, fue hasta donde su madre y la abrazó, levantándola por los aires.

CAPÍTULO 2

1

Aunque no tenía recuerdos vívidos de lo que había pasado en su infancia, Francisca podía percibir que su condición no era del todo común. En tanto sus compañeros de clase se turnaban a la hora de contraer la gripe o virus estomacal de estación, ella nunca enfermaba. Por un lado, la alegraba gozar de una buena salud y advertirse más fuerte que el promedio de los niños; sin embargo, se perdía una etapa clásica de la niñez. Faltar algún día al colegio, quedándose en casa con sus padres a que la consintieran, y vivir la rutina del hogar en el horario que los demás estaban en la calle.

Sus hermanos mayores siempre se mostraron sobreprotectores de su hermana pequeña, aunque poco a poco percibieron que Francisca podía valerse perfectamente por sí misma. Diego, el mayor, retenía memorias difusas del periplo de sus padres para sanarla cuando era solamente una bebé.

“- ¿A dónde pensás que me llevaron?”, preguntó Francisca.

“- No lo sé”, contestó Diego. “- Solamente recuerdo que estabas muy enferma cuando se fueron. Mamá lloraba todo el tiempo. Nos quedamos con los abuelos ese fin de semana, y cuando regresaron ya estabas totalmente recuperada. De ahí en más, nunca más enfermaste. Ni un estornudo”.

“- Alguna vez les preguntaste qué fue lo que paso?”, preguntó Francisca.

“- No; dijeron que había encontrado un buen médico esa vez, que te había curado. No se me ocurrió que pudieran estar ocultando algo. Ya cumpliste doce años; creo que tenés derecho a que te cuenten la verdad”.

“- Me da un poco de miedo. Ellos nunca hablaron del tema... Por algo será”.

“- Probá con papá primero; puede que sea más accesible que mamá en este caso. Me imagino que para ella es una etapa superada y quizás rememorar todo la desestabilice un poco”.

Adrián se aprestaba a realizar el recorrido por los cuartos, previo a meterse bajo las sábanas.

“- ¿Notaste algo raro en Francisca hoy?”, preguntó Tamara mientras terminaba de cepillar su cabello frente al espejo.

“- La verdad que no; ¿decís que le está pasando algo? Generalmente te busca a vos para conversar de cualquier tema”.

“- La vi muy callada para lo que estamos acostumbrados. Fijate cómo está ahora cuando los vayas a saludar”.

Adrián avanzó por el pasillo. El primer cuarto era el de Diego. El resplandor del monitor de la computadora se destacaba en la oscuridad del cuarto. La música del videojuego lograba escaparse a pesar de tener puestos los auriculares. Se acercó hasta él, y colocó una mano sobre su hombro.

“- Ahora no; estoy a la mitad de algo importante”, advirtió Diego.

“- Si querés seguir teniendo la suscripción a tus jueguitos, pausás y me saludás como corresponde”.

Diego detuvo por un momento el juego, se levantó de la silla y lo abrazó.

“- Buenas noches”.

“- Buenas noches, que descanses”, contestó Adrián.

Cuando llegó hasta la puerta de Eduardo, lo encontró profundamente dormido. Admiraba su facilidad para conciliar el sueño. Era algo por lo que la mayoría de la gente pagaría lo que no tenía. Entró a la habitación, se

arrodilló junto a la cama y lo besó en la frente. “- Buenas noches”.

Francisca lo esperaba con la luz encendida. “- Franni, ¿todo bien?”.

“- Sí, todo genial... Papá, ¿puedo preguntarte algo?”. Su semblante denotaba cierto temor.

“- Por supuesto, lo que quieras”, respondió Adrián, mientras se sentaba sobre el acolchado.

“- Quiero saber qué me pasó cuando era bebé. No sé cómo explicarlo, pero siento cosas que no creo los demás puedan percibir. Además, nunca me enfermo. No es algo de lo que me esté quejando, ni mucho menos... Pero preciso saber lo que me puedas contar”.

Adrián tomó su mano, y le transmitió confianza. “- Claro que sí, creo que ya tenés edad suficiente para saberlo”.

“- ¿Mamá estará de acuerdo?”, preguntó Francisca.

“- No te preocupes; sabíamos que algún día esta charla iba a ocurrir. Y ya acordamos con tu mamá que fuera yo el que la tuviera contigo”.

Adrián narró a Francisca la historia, con el mayor detalle que concebía apropiado. Modificar el desenlace -concretamente, la reacción de la mujer disparando el arma dentro de la sala de la casa, la posterior huida del lugar y el frustrado ataque del hombre que buscaba venganza por haber perdido su turno- le pareció que no alteraba en absoluto lo que Francisca deseaba conocer.

“- Entonces, ¿fue el niño quien me curó?”.

“- Aparentemente, sí. Lo que concluimos con tu madre es que los ancianos de la familia ya no tenían el poder para hacerlo. La generación siguiente no había heredado el poder, pero sí su nieto. Lo único que queríamos era ayudarte”. La besó en la frente, y acarició su mejilla con su mano izquierda.

“- Lo sé papá, y se los agradezco. No puedo imaginar lo que vivieron entonces”.

“- Así que, finalmente ocurrió la tan esperada charla”, dijo Tamara desde la puerta. Se acercó hasta ellos, y los abrazó con vigor.

“- ¿Puedo unirme?”, preguntó Diego asomándose desde el pasillo.

El insomnio los atacó a ambos por igual. Tamara, más inquieta, se movía de un lado al otro de su lado del colchón.

“- ¿En qué pensás?”, preguntó Adrián con los ojos cerrados, intentando mantener la concentración en conciliar el sueño.

“- Sé que esta charla algún día iba a ocurrir, pero me preocupa lo que suceda de ahora en más”.

“- No te preocupes, va a estar bien”, respondió Adrián.

“- Eso no lo sabemos. Además, fuimos testigos de un asesinato y no hicimos nada”, dijo Tamara con la voz entrecortada.

Adrián se incorporó contra el respaldo de la cama, y le tomó la mano. “- Recordar todo aquello seguramente nos va a revolver cosas que teníamos guardadas. Lo importante es que ayudamos a Franni, y que nada malo resultó de lo que hicimos”.

2

El primer día en la universidad había sido todo lo que sus padres le habían anticipado. Pasar de un salón de veinticinco alumnos a cientos de personas, la insuficiencia de pupitres y tener que oír la clase de pie -aun cuando hubiera tomado la precaución de ir con tiempo a conseguir un lugar-, los profesores que dictaban la clase a su ritmo, independiente de las condiciones que enfrentaban sus alumnos. Se sentía agotada; no concebía cómo podría hacer esto durante cuatro años más.

Francisca cruzó la avenida, y prosiguió su camino a casa en la oscuridad de la noche. Aún tenía más de diez cuadras por delante. Caminaba casi al borde de la vereda, como le había enseñado su madre.

La motocicleta la seguía desde que había salido del edificio, guardando una distancia de una cuadra. El copiloto dio la orden, y el conductor aceleró a fondo. Cuando Francisca se percató de la situación, el copiloto extendió su mano y cinchó con todas sus fuerzas de la cartera.

La embestida la arrojó al suelo sin dificultad, cayendo sobre sus dos manos y doblando fuertemente una de sus muñecas. El pinchazo de dolor fue instantáneo, lo que la sorprendió. Observó como la moto se alejaba al final de la cuadra, y doblaba la esquina.

Logró ponerse de pie, y comenzó a caminar con pasos inseguros. El temblor no lograba abandonar su cuerpo, y el llanto amenazaba con explotar de un momento a otro. Cuando alcanzó nuevamente la avenida, levantó las manos frente al primer vehículo que se le cruzó por delante. Para su suerte, era un patrullero de la policía.

“- ¡Por favor!”, rogó mientras se cubría el rostro de la claridad de los focos.

La puerta del acompañante se abrió, y vio bajar a un muchacho del auto. Parecía de su edad, y bastante joven para ser un uniformado.

“- ¿Estás bien? ¿Qué te pasó?”, interrogó Felipe.

“- Me acaban de robar la cartera, en la otra cuadra. Me caí al piso con el empujón, creo que me doblé la muñeca...”.

“- Tranquila; vamos a llevarte en el patrullero a que te vean esa mano”.

“- No es necesario; ya voy a estar bien. Fue el susto del momento, nada más”.

“- ¿Podemos llevarte hasta tu casa. En el viaje te tomamos los datos. Al menos, para que puedas recuperar tus documentos”. Extendió su mano, y Francisca la tomó. Al rozarse sus palmas, la sensación que ambos tuvieron los confundió de inmediato.

“- No estoy tan lejos, puedo seguir sola”.

“- Insisto”, dijo Felipe.

“- Romeo, ¿vamos a algún lado o seguimos a la comisaría?”, preguntó su compañero desde la ventana.

“- Vamos a llevarla hasta su casa. Después, voy a precisar el auto para ver si puedo encontrar su cartera”.

“- Estás loco; para entonces ya van a estar al otro lado de la ciudad”, recriminó su compañero.

“- ¿Me lo vas a dar o no?”.

“- Calma. Primero, lo primero. Avisá por el radio sobre la situación. La llevamos, volvemos a la comisaria y lo que hagas después es tema tuyo”.

3

Francisca entró a la casa, y Tamara la esperaba sentada en el sillón de tres cuerpos.

“- Mamá... ya es tarde, pensé que estarías durmiendo”.

“- Los ronquidos de tu padre me lo están complicando. Bajé a tomar un poco de agua, y noté que tu cuarto estaba vacío”.

Francisca avanzó hacia la sala de estar, y tomó asiento en uno de los sillones individuales. “- ¿Estás enojada?”.

“- No te puedo decir con quien salir. Sos mayor de edad y podés tomar tus propias decisiones. Pero no puedo dejar de decirte lo que pienso. Este policía ...”.

“- Felipe”.

“- Felipe no me convence”.

Francisca posó sus manos sobre el sillón, y atenazó el cuero con sus uñas. “- ¿Y por qué no te estaría convenciendo, si puedo saber?”.

“- Franni, no te fastidies. Como te decía, lo que hagas de tu vida lo decidís vos. Solamente te estoy dando mi opinión como madre. Me voy a dormir, que descanses”. Se levantó del sofá, la abrazó y la besó en la frente.

4

“- ¿Y? ¿Qué dice?”, preguntó Felipe mientras terminaba de acomodar la mesa para la cena.

“- Esperá, no me pongas más nerviosa de lo que estoy”, respondió Francisca mientras actualizaba la página con un “click” detrás del otro.

“- Dale unos minutos a que terminen de cargar los resultados, y aprovechemos a comer”.

“- No creo que pueda pasar ni un bocado ahora mismo”, explicó.

“- Van a publicar el mismo resultado, sea ahora o dentro de quince minutos”, bromeó Felipe.

“- ¡Cargó!”, exclamó Francisca poniéndose de pie. “- Todavía está

actualizando la lista completa”.

Felipe se colocó a su lado, y la rodeó con sus brazos.

El “aprobado” se leyó junto al nombre completo de Francisca, confirmando que había culminado su carrera universitaria.

“- Esto hay que celebrarlo. Podemos invitar a tu familia a cenar...”, propuso Felipe.

“- ... No hay apuro ahora para decidir eso. Lo importante es que estamos juntos”, dijo Francisca mientras que lo besaba en los labios.

CAPÍTULO 3

1

“- Acá nos separamos”, dijo Carlos mientras estrechaba la mano de su cómplice. Revisó una vez más el bolso, y comenzó a preparar su escaso equipaje para una larga caminata hasta la ruta.

“- ¿Qué vas a hacer con el dinero?”, preguntó el ahora ex uniformado.

“- Por lo pronto, irme lo más lejos que pueda. Empezar de nuevo; comprarme un ranchito cerca de la playa, llamar la atención lo menos que pueda y estar de una vez por todas en paz”.

“- ¿Puedo acompañarte? Por lo menos hasta que crucemos la frontera. En este momento mi foto debe estar en todos los noticieros del país”.

Carlos lo miró fijamente. “- Seguir juntos sería un error. Tenemos que separarnos y que cada uno busque su suerte. Con tu parte, podés ocultarte todo lo que precises hasta que el caso deje de ser una novedad. Y ahí vas a poder intentar salir del país”. Comenzó a alejarse del lugar, y el sofocante ardor del sol sobre su cabeza le anunció la tortuosa marcha que tenía por delante.

2

Cuando sintió que llamaban a la puerta, el encargado del orfanato presintió algo inesperado. No recordaba haber agendado ninguna reunión fuera del horario de oficina, y al caer la noche en general toda la rutina del lugar ocurría con el personal que atendía a los niños hasta la hora de

dormir.

Se acercó hasta el frente de la casona, y sin retirar el seguro de la puerta, la entornó levemente hacia adentro.

“- Disculpe, pero el horario de atención terminó hace unas horas. Vuelva mañana... ¡Carlos! No lo puedo creer”. Calculó que no lo veía desde hacía más de quince años. Mantenía sus rasgos de entonces, aunque se notaba curtido por la adultez.

“- Señor Franklin, ¿piensa que me podría permitir entrar unos minutos?”.

Retiró la tranca, y le dio paso a la recepción. La diferencia de temperatura con el exterior era notoria. Carlos se quitó la campera, y la colocó sobre el bolso.

“- Señor Franklin, me imagino que lo sorprendo con mi visita...”.

“- Podés tutearme, Carlos”.

“- Perdón. No pretendo molestarte más que unos minutos. Me gustaría visitar mi viejo cuarto. Es importante”.

El Señor Franklin procesó el pedido en sus adentros. “- Los niños están por entrar al comedor a cenar. Aún falta una hora para que vayan a aprontarse para descansar. Acompañame”.

Avanzaron por el pasillo que comunicaba con las habitaciones, y Carlos sintió que regresaba en el tiempo. Innumerables recuerdos se precipitaban en su mente. El pánico de los primeros tiempos, adaptándose a un nuevo mundo donde no contaba con los consejos y el amor de su madre. Los atropellos de los niños mayores (quienes, entre otros, le dieron la bienvenida encerrándolo en el baño la primer noche de su estadía en el hogar). No obstante, mejores memorias venían a su encuentro y lo ayudaban a empardar los tantos. Los cumpleaños que se encargaba de organizar el señor Franklin para cada uno de los niños del lugar, los campeonatos de fútbol, la piscina estructural en el verano; todas remembranzas que lo convencían de que había tenido una buena infancia dentro de sus posibilidades.

“- Acá estamos. Yo me quedo en el pasillo vigilando, te pido que no demores mucho, por favor”, solicitó el señor Franklin.

“- No me va a llevar más de cinco minutos”, aseguró Carlos.

Entró a la habitación, y se dirigió al rincón de la pared donde se apoyaban los respaldos de las camas. Retiró la tabla del zócalo, y metió la mano en el agujero en la pared. Cuando la retiró, un sobre amarillento salió entre

sus dedos. Colocó nuevamente la madera en su lugar, y regresó con el señor Franklin.

“- Podemos volver a la salida”, dijo Carlos.

Antes de retirarse, dio al señor Franklin un fuerte apretón de manos, y se detuvo un instante a revisar el contenido del bolso. Extrajo varios fajos de billetes, y se lo entregó.

“¡Carlos! ... ¡¿De dónde sacaste tanto dinero?!”.

“- Sino sabés la respuesta, no vas a tener de qué preocuparte. Por favor, úsenlo en algo que haga felices a los niños”.

El señor Franklin lo admiró, confundido. “- Si precisás ayuda, solamente tenés que decirlo, Carlos”, mientras colocaba una mano sobre su hombro.

“- No tenés de qué preocuparte. Ahora me voy. Cuidate y seguí haciendo un excelente trabajo como siempre”. Se apresuró hacia el exterior, y se perdió en la lóbreguez del camino.

“- ¿Quién era, señor Franklin?”, preguntó la ama de llaves de la casona.

Sin volverse, y haciendo equilibrio con la montaña de dinero que tenía entre las manos, le contestó. “- Un vehículo que se había perdido y preguntaba como volver a la ruta. ¿Todo pronto para acostar a los niños? En un minuto la alcanzo”.

3

La terminal de ómnibus presentaba un extensivo control policial. Oficiales recorrían los pasillos con sabuesos que intimidaban al pasaje en general. Carlos vio su foto en varias pantallas donde debían anunciarse en cambio las partidas y los arribos. Dejar crecer su cabello y vello facial durante su reclusión había resultado una excelente idea; el cambio de aspecto que ahora lo mostraba prolijamente afeitado, con un corte militar y las gafas con gran armazón difícilmente permitiera que lo identificaran. La identidad falsa había sido fácil de conseguir. Dentro del bolso, había colocado algunas botellas de vinagre para desorientar a los canes cuando lo registraran.

Retiró su pasaje en la ventanilla, y se dirigió hacia los andenes. El control en el acceso era persona por persona. Los oficiales registraban a los pasajeros, y los perros olfateaban el equipaje buscando algo que pudiera ser sospechoso. La intranquilidad se fue apoderando de su ser a medida que la fila avanzaba. Evaluó salirse de la misma, y abortar la idea de

viajar. Quizás debía hacer lo que había aconsejado a su secuaz, y esconderse por un tiempo hasta que todo estuviera más tranquilo. Si le consultaban porqué abandonaba la fila, podía justificar que había recibido un llamado de la naturaleza que lo citaba en los baños.

Finalmente desistió de la idea, y decidió arriesgarse al control. Colocó su equipaje sobre el suelo, y levantó las manos para permitir el cacheo de los agentes.

Uno de los uniformados se colocó frente a él, y comenzó a buscar cualquier objeto que pudiera estar oculto bajo su vestimenta. Mientras tanto, el olisqueo de los caninos avanzaba en simultáneo. Carlos conseguía evitar cualquier temblequeo que demostrara su nerviosismo. Su único miedo era que los oficiales decidieran abrir el equipaje - procedimiento que inicialmente no había observado en los casos anteriores-. De suceder, estaba perdido.

El oficial completó su revisión, y solicitó el documento de identidad. Carlos lo extrajo de su billetera, y lo extendió con mano firme. El agente procedió a su chequeo, intercalando miradas con su propietario. Mientras tanto, Carlos sostenía la vista, controlando de reojo el avance de los perros.

“- Puede continuar”, dictaminó el uniformado. Los demás agentes retiraron a los canes, y le dieron paso. Carlos agradeció, y se dirigió al andén de su coche.

Un grito lo despertó de su descanso. El bus, casi a oscuras, se encontraba detenido a la mitad de una ruta completamente despoblada. Observó que diferentes altercados se sucedían entre el pasaje. Razonó que algún percance había interrumpido el viaje, y la impaciencia de algunos de los pasajeros había acabado con la tolerancia del resto. Intentó volver a conciliar el sueño, sin éxito.

La carrocería del autobús descendió repentinamente varios centímetros, y percibió un altercado ocurriendo en la cabina del conductor. Una muchacha que se encontraba al fondo de la unidad, se precipitó sobre la puerta de acceso, golpeándola incesantemente. Cuando se abrió, la criatura la tomó entre sus garras, y la elevó por los aires. Carlos, abrumado, se incorporó y avanzó hacia el frente, sin mayor seguridad de cómo ayudarla. La muchacha salía disparada por los aires varios asientos más adelante, y en el momento que Carlos intentó asistirla, sintió el zarpazo de la bestia en su abdomen. Antes de poder percatarse, se encontraba horizontal casi contra el techo del bus, para enfrentar el mismo destino que la anterior víctima. Golpeó su cabeza bruscamente

contra una fila de asientos, y perdió la conciencia.

PARTE III

CAPÍTULO 1

1

Felipe abrió los ojos, y encontró a un equipo de paramédicos sobre su rostro, quienes se retiraron súbitamente al constatar que recuperaba la conciencia.

“- ¡Felipe! ¿Estás bien?”, preguntó el comisario, parado detrás de los enfermeros.

Levantó su torso del suelo, y se sentó con las piernas extendidas. “- Sí, creo que sí”. Llevó su mano a la cabeza, intentando sosegar la colosal jaqueca que lo aquejaba.

“- No sé qué te pasó ahí adentro, pero no puede haber sido nada bueno”, razonó. Le ofreció su mano para impulsarlo hacia arriba, pero Felipe rehusó la ayuda.

“- Tenemos que encontrar a ese hombre que escapó del hospital”.

“- ¿Qué fue lo que viste?”, preguntó el comisario.

“- Le cuento de regreso en la comisaría”.

El patrullero del comisario se estacionó tras una prolongada fila de vehículos. La comisaría había sustituido a la clínica como lugar de reunión de los policías convocados al operativo. Felipe lo escoltó hacia el interior del edificio, y tras entrar al despacho cerraron la puerta.

“- ¿Vas a contarme ahora qué fue lo que viste en ese ómnibus?”, demandó el comisario.

Felipe se sentó en la silla frente al escritorio, y aspiró lentamente. “- No sé si está preparado para escuchar lo que tengo para decir”, dijo Felipe intentando prevenirlo.

“- Felipe, no tenemos tiempo para juegos”.

“- Está bien. Algo atacó ese bus. Y no era humano”.

El comisario detuvo su pestañeo durante varios segundos. Mantuvo silencio, y permitió a Felipe proseguir con su relato.

“- Era una criatura con figura humana, de piel rugosa y encorvada. Tenía garras en lugar de dedos en sus extremidades. Su respiración era intermitente. Arrasó con todo lo que se interpuso en su camino, desde el frente al fondo de la carrocería. Podría haber estado buscando algo, o a alguien. No lo sé. O quizás el bus se le apareció de pronto, lo percibió como una amenaza y decidió atacarlo”.

“- Y por alguna razón, que nuestro prófugo haya sobrevivido al ataque no te cuadra del todo”.

“- De alguna forma, consiguió hacerlo y evitar la misma suerte que los demás”, agregó Felipe.

“- Vamos a darle máxima prioridad a encontrarlo. Tenemos varios refuerzos de todas partes del país. No puede estar muy lejos”.

2

El Falcon devoraba la ruta a alta velocidad. Había transcurrido apenas media hora de viaje, y Carlos no resistía más la curiosidad que lo invadía.

“- ¿Habías visto antes a la bestia alguna vez?”, indagó.

“- No a ésta en particular”.

“- ... ¿Y no es precisamente de este mundo, correcto?”.

“- No sé si habrá forma sencilla de explicarlo, pero de alguna forma cruzó por un portal hacia aquí. Tuve que venir por él; presumo que está buscando algo importante que puede alterar el equilibrio entre nuestros universos”.

Carlos volteó hacia la ventana, como desinteresado. De repente, tomó el pestillo de la puerta del auto, e intentó abrirlo una y otra vez.

“- ¿Qué estás haciendo?”.

“- ¿Qué parece? Intento bajarme del auto”, contestó con desespero Carlos. “- No sé quién sos ni de donde pensás que venís, pero claramente

precisás ayuda siquiátrica. Y urgente”.

“- No pierdas tu tiempo. La puerta no va a abrir”.

“- ¡Dejame salir! ¡Ahora!”. Carlos tomó el volante con su mano izquierda, y forcejeó para desviar el vehículo. “- ¡Sino me dejás bajar, voy a hacer que choquemos!”.

Su captor soltó las manos del volante, y Carlos advirtió que el vehículo continuaba guiándose por sí solo.

“- Esto no puede estar pasando, no ...”, objetó Carlos.

El Falcon aminoró la marcha, se arrimó a la banquina y se detuvo por completo. El conductor se volvió hacia Carlos, con semblante molesto. “- Escucha lo que te voy a decir, Carlos. Porque lo voy a decir una sola vez y no lo voy a repetir. Esto no es un juego. Es realidad. Esa bestia no se va a detener hasta encontrar lo que vino a buscar. Y tenemos que completar el equipo para detenerla”.

Carlos frotó sus ojos con la palma de sus manos. “- Está bien, está bien. De todas formas, no tengo a donde ir. ¿Y a quién se supone que vamos a buscar ahora?”.

“- Hay una muchacha en la ciudad del sur, que nos puede ayudar. Su nombre es Francisca, y tiene un don que se complementa con los nuestros”.

“- Al menos, ¿me podrías decir tu nombre?”, preguntó Carlos.

“- Hernando”.

3

Felipe conversaba con su cadete asignado y otros oficiales en el pasillo, cuando el comisario lo llamó desde el otro extremo del edificio. Se disculpó con el grupo, y enfiló hacia la oficina.

“- Un cuida coches vio a nuestro fugitivo saliendo por la parte de atrás del sanatorio. Un oficial lo acompañaba. Se subieron en un Ford Falcon rojo, y se largaron”.

“- ¿Un Falcon? Tiene que ser una broma. Hace años que no veo uno, y los que siguen circulando están en pésimas condiciones”, acotó Felipe.

“- Tenemos a toda la fuerza buscando ese auto. No tenía matrícula, pero no creo que encontremos muchos autos como esos”.

4

“- ¿Entonces no sabés cuando vas a volver?”, preguntó Francisca.

“- Por lo menos unos días más. Hasta que encontremos lo que estamos buscando”, explicó Felipe. “- ¿No te molesta quedarte sola? Podrías hablar con tus padres para...”.

“- Yo me arreglo, vos preocupate por terminar lo que estás haciendo ahí”, contestó Francisca.

“- Está bien. Te extraño”.

“- Yo también. Cuidate mucho por favor”.

Francisca colgó el teléfono, y lo colocó sobre la mesa del estar. Colocó el plato y cubiertos en el fregadero, y dejó corriendo el agua caliente mientras ordenaba la alacena.

El sonido del timbre la tomó desprevenida, dejando caer el frasco de sal al piso.

“- No puede ser...”.

Caminó hacia la puerta, y se detuvo justo frente a ella. La mirilla estaba tan borrosa, que no conseguía distinguir quién estaba del otro lado.

“- Si, quién es? ¿Qué quiere?”

“- Francisca, no te sobresaltes por favor...”, dijo la voz de un hombre que provenía del interior de la casa.

Se volteó súbitamente, e identificó a dos hombres parados en el umbral de la sala de estar.

“- ¡Qué hacen acá! ¡¿Quiénes son ustedes?!”. Abrió el cajón de la cómoda que estaba a su derecha, y extrajo el arma que Felipe guardaba allí. “- ¡Quietos!”, ordenó apuntando hacia el frente.

“- Ey, ey, ey, tranquila”, dijo Carlos levantando sus manos con las palmas al frente.

“- Van a salir por donde entraron antes de que termine de contar hasta cinco. Si no, les meto una bala a cada uno en el pecho”, amenazó.

“- Francisca; precisamos que vengas con nosotros. Es muy importante”, dijo Hernando mientras comenzaba a avanzar hacia ella.

“- Pará ahora mismo, o te juro que disparo”.

Hernando continuó adelantándose. Francisca enfocó la firma en su torso, y apretó el gatillo. Nada. Volvió a presionarlo, pero ningún proyectil salió de la recámara del revolver.

“- Qué pasa ...”. Insistió hasta recorrer todo el tambor.

Hernando tomó el arma, y se la arrebató de las manos. “- No llegué hasta acá siendo descuidado”, afirmó mientras dejaba caer las balas desde su otra mano sobre el piso.

Francisca se giró hacia la puerta, e inútilmente intentó abrirla. Corrió hacia el dormitorio del frente, y antes de alcanzar la salida al patio era interceptada por Carlos. “- Francisca, escuchá un segundo. A mí también...”. La rodilla de Francisca se incrustó en su ingle, impidiéndole terminar la frase. Aceleró por el fondo de la casa, y trepando a la mesada del parrillero, consiguió salir a la calle por encima del muro. Miró hacia los lados, buscando alguien que pudiera asistirle. Desierto. Comenzó a avanzar hacia la acera de enfrente, cuando el Falcon se atravesó en su camino.

“- Bien hecho”, dijo Hernando mientras saltaba el muro de la casa.

“- No te acerques, te juro que no respondo de mí”.

“- Francisca, si tan solo me dejaras explicarte...”.

Sintió que dos brazos la rodeaban por detrás, y la levantaban levemente del suelo. Comenzó a sacudir desenfrenadamente sus extremidades inferiores y su cabeza, intentando desestabilizar a su captor.

“- Carlos, ¿qué estás haciendo?”, dijo Hernando.

“- Abrí la valija, es nuestra oportunidad de llevarla”.

“- No así”.

“- ¿A mí me paralizaste durante todo el trayecto desde el hospital a esa casucha en la mitad de la nada, y ella tiene que viajar en primera clase?”,

replicó Carlos.

“- No compares una cosa con otra...”.

“- ¿Vas a abrir la valija o no? Sino la dejas ir y vos aplicás las tácticas persuasivas que te parezcan”.

Hernando se resignó, y el maletero se abrió súbitamente. Carlos colocó a Francisca dentro, y en seguida bajó la puerta.

“- Bueno, estamos listos para seguir. ¿Qué hacemos ahora?”, interrogó Carlos.

“- Tenemos que volver a la casa”, contestó Hernando.

“- ¡¿En serio?! ¿Vamos a viajar cuatrocientos kilómetros de regreso ahora?!”.

“- Ahí tenemos todo lo que precisamos para nuestra misión”.

Carlos cruzó sus manos detrás de la nuca, y le demostró su cara de fastidio. “- ¿Al menos, podemos parar a comprar unos cigarrillos para el viaje?”.

“- ¿Cigarrillos? ¿Qué son esos?”.

“- El Falcon está en Montevideo”, informó el comisario a Felipe.

“- ¿En serio? No perdieron el tiempo... ¿Algún patrullero lo está persiguiendo?”, preguntó mientras tomaba lo que quedaba en su taza de café.

“- Felipe... Estuvieron en tu casa. Se llevaron a tu novia. Un vecino denunció haber visto a dos extraños entrar a la casa. Cuando el patrullero llegó, ya no había nadie dentro. Las cámaras de seguridad de la Metropolitana vieron al Falcon abandonar el lugar. Carlos Méndez estuvo ahí, y ese policía también”.

Felipe se había puesto de pie apenas mencionó a Francisca. El comisario lo contuvo con sus manos fuertemente, intentando calmar sus pulsaciones.

“- ¡Déjeme pasar! ¡Tengo que volver a buscarla!”.

“- Calma; lo mejor es que recuperes el control primero. No ganás nada con irte así. Dejame acompañarte, vamos en mi auto hasta allá. Esto se

está saliendo de control”.

Felipe disminuyó la velocidad de su respiración, y asintió a la oferta del comisario.

“- Mucho mejor. Voy a traer el auto hasta el frente, y nos vamos”.

Felipe buscó su teléfono, y marcó el número de Francisca. Esperó unos segundos, aunque ya sabía el desenlace. Avanzó por el pasillo hacia la puerta de calle, y el patrullero del comisario se detuvo abruptamente frente a él, chirriando las cubiertas sobre el pavimento.

“- Ordené que nos informen cualquier novedad a nuestros teléfonos”, dijo el comisario. Puso la primera marcha, y pisó el acelerador a fondo.

CAPÍTULO 2

1

Los golpes se repetían sin descanso en la tapa del baúl. Sin embargo, Hernando conducía imperturbable.

“- ¿Qué vamos a hacer? No podemos seguir todo el viaje de esta forma”, razonó Carlos.

“- Ya se cansará”.

“- ¿No te preocupa que te estropee el auto?”.

“- No puede hacerlo”.

Carlos regresó la vista al frente, y se desentendió de la situación.

Hernando orilló el auto hacia la banquina, y lo estacionó.

“- ¿Qué pasó?”.

“- Vamos a descansar un rato. No soy un robot, preciso dormir un poco antes de volver a hacer ruta”, respondió Hernando mientras reclinaba el asiento y apoyaba sus manos entrelazadas sobre su abdomen.

“- ¿Es en serio? ¿Secuestraste a dos personas en las últimas diez horas y ahora te vas a acostar a dormir?”.

“- Aprovechá a fumar tus cigarrros. Dijiste que te sacan el estrés, ¿no?”. Se volteó hacia la puerta, y apoyó su mano derecha sobre su rostro.

1

“- Fabián, cuando termines con este pasillo, hay que seguir con los del ala sur. El shopping abre en un par de horas, tenemos que darle tiempo suficiente a que seque todo. ¿Entendiste?”, dijo su supervisor mientras comía un emparedado, sentado en uno de los bancos centrales.

“- Sí señor”, respondió con fastidio, entre dientes. Era su primera semana en el empleo, y no podía echarlo a perder. Había estado casi un año sin seguro de paro, y el mercado no estaba sencillo como para arriesgarse a que no lo confirmaran de forma permanente.

“- Así me gusta. No tenés que agradecerme nada. Era lo menos que podía hacer; guiarte en las tareas personalmente estos primeros días”. Comenzó a caminar hacia el ascensor, se detuvo y se volvió a Fabián. “- Lo que, si no te molesta, te quería pedir un favor a cambio. Que laves mi auto. Está en el primer lugar saliendo del ascensor a la derecha, en el nivel dos”.

“- Seguro, cuente con eso”, contestó.

El supervisor se sonrió, y comenzó a ascender los pisos dentro de la cabina transparente.

“- Tenías razón, Tata. Tendría que haber terminado de estudiar en vez de pasarme de jarana con mis amigos”, lamentándose mientras miraba la medalla que colgaba de su pecho.

Prosiguió con el ala sur, y minutos antes de que se diera apertura al centro comercial, terminaba su turno. Se dirigió a los vestuarios, y encontró allí a Miguel, quien se preparaba para reemplazarlo.

“- ¿Y? ¿Cómo te lleva la cosa?”, preguntó Miguel mientras terminaba de aprontar su carrito con productos de limpieza.

“- Ahí vamos. ¿Cuándo va a terminar la marca personal?”.

“- Ufff; eso va a seguir algunos días más. Después, ni va a saber qué estás haciendo o no durante tu turno. Vive comiendo dulces y tomando

café”.

“- Qué alivio... ¿y lavarle el auto?”.

“- ¿Te pidió que le lavaras el auto? Jajajaja... esa es nueva. Vas a tener que ver la forma de zafarte solo”.

“- Gracias por tu incondicional apoyo”, acotó Fabián. “- Te dejo; espero que caigan muchas bebidas en el suelo durante tu turno”.

Terminó de ducharse, se vistió con rapidez y se dispuso a abandonar el edificio. Los compradores ya colmaban los locales, y se auguraba un lleno completo por las promociones y descuentos. Se aprestaba a cruzar la puerta automática en la salida, cuando un grito retumbó en los techos del lugar. Regresó velozmente al hall central, y observó a la criatura colgada de las decoraciones de Navidad.

3

El patrullero rodeó la rotonda de la entrada a Canelones. “- Una hora más”, informó el comisario.

Felipe mantenía su atención en su teléfono, esperando por novedades del Falcon. El vehículo había salido de la zona de radares y habían perdido su rastro.

“- Va a estar bien”, dijo el comisario.

“- Eso no lo sabemos. Por lo que tenemos hasta ahora, ese policía fue a liberar a un cómplice y quiere algo conmigo. Franni es su garantía de que los voy a buscar”. Golpeó el panel delante de él con su puño repetidas veces.

El comisario no supo qué decir.

El radio comenzó a hacer interferencia, dando inicio a una nueva transmisión. “- *Todas las unidades, atención: tenemos un 10-11 en el shopping de la zona de La Mondiola. Se requiere apoyo cuanto antes, cambio*”.

“- Es el código para el ataque de un animal; iesa bestia debe estar ahí!”, exclamó Felipe.

“- Vamos para allá”, respondió el comisario.

4

Carlos despertó, y vio a Hernando fumando uno de sus cigarros, sentado sobre el espolón del Falcon.

Abrió la puerta, y al descender se desesperó, estirando sus extremidades. “- ¿Y? ¿Qué opinás?”.

Hernando retiró el pitillo de su boca, y lo colocó delante de sus ojos. “- Es extraño; no tiene ningún atractivo en particular, pero no puedo dejar de meter el humo en mi cuerpo”.

“- Felicidades; tu primera adicción del otro lado de donde sea que vengas”, dijo Carlos. “- ¿Y la muchacha? ¿Cuándo dejó de golpear? ¿No se habrá desmayado, o quedado sin aire?”.

“- Ella está bien, no hay de qué preocuparse”. Bajó del espolón, y regresó hacia su puerta. “- ¿Nos vamos?”.

“- Sí, está bien”. Carlos entró al Falcon, y se colocó el cinturón de seguridad.

Hernando giró la llave del encendido, y el motor del Falcon bramó con suavidad. Al llegar al cruce, la luz roja les detuvo el paso.

“- ¿Al norte otra vez?”, preguntó Carlos.

“- Así es”.

La luz comenzaba a cambiar hacia la verde, y Hernando comenzó a acelerar.

“- ¡Cuidado!”, advirtió Carlos.

Una fila de patrulleros pasó frente a ellos con toda celeridad, con las sirenas encendidas y tocando la bocina a todo lo que se ponía en su horizonte.

“- Mierda”, alcanzó a decir Carlos. “- Debe ser grave”.

Hernando guardó silencio. Giró el volante completamente a la izquierda, e ingresó a la avenida, siguiendo el camino de los patrulleros.

“- ¿Y ahora que vamos a hacer?”, preguntó Carlos.

“- Debe ser la criatura. Vamos a buscarla”.

5

Felipe no llegó a permitir que el vehículo se detuviera por completo antes de bajarse. Se apresuró hacia el primer control policial, y enseñó su placa a la carrera. Su avance fue interrumpido en el segundo control. “- Oficial, debe esperar acá con el resto de nosotros. Evacuamos el lugar hace unos minutos. Esa bestia está ahí adentro”, dijo uno de los agentes apostados delante de la barrera.

El comisario llegó hacia donde él un minuto después. “- Qué es esa cosa...”, formuló con creciente estupefacción.

Lo que se veías tras el cristal de las puertas automáticas era lo más parecido al caos que habían visto. Los corredores mostraban una mezcla de artículos de las tiendas y comestibles de la plaza de comidas, desparramados y enteramente destruidos.

“- ¿Hay algún herido?”, preguntó Felipe.

“- Por suerte, nada que lamentar. El personal aplicó el protocolo de incendio de inmediato”.

“- ¿Cuál es el plan?”, indagó el comisario.

“- Control de animales está en camino. No tengo la más remota idea de que van a hacer, pero ellos son los que tienen autoridad en estos casos”, explicó el agente.

Felipe posó sus manos arqueadas sobre el vidrio, y enfocó la mirada. “- ¡Hay alguien ahí adentro! ¡Es un anciano!”.

El agente del puesto del control se colocó a su lado, y observó hacia el interior. “-No puede ser”.

“- Déjenme entrar, yo me encargo de traerlo”, indicó Felipe.

“- De ninguna manera; esta puerta no se abre”, contestó el agente.

“- ¿Y qué va a hacer? ¿Lo va a dejar ahí a su suerte?”, preguntó Felipe.

“- No podemos hacer nada. Abrir la puerta representa un mayor peligro para todos los demás que estamos de este lado”.

Felipe se vio tentado a iniciar una riña, pero comprendió que nada provechoso podía resultar. Miró a su alrededor, y descubrió la entrada del ducto de ventilación.

“- Ayúdenme a subir”, solicitó a los policías que tenía a los lados.

“- Felipe, ¡qué vas a hacer!”, imploró el comisario.

“- Alguien tiene que hacer algo”, respondió observando fijamente al agente que le había denegado el acceso por la puerta.

Los uniformados lo subieron tomándolo por los cuádriceps, y Felipe retiró la tapa del ducto. La deslizó con cuidado hacia abajo, y el comisario la tomó para colocarla en el suelo. Cuando se volvió, Felipe ya estaba dentro.

El ducto era estrecho y oscuro. Felipe avanzó hacia la luminosidad que veía más adelante. Se posó ante la compuerta que comunicaba el ducto con el centro comercial, y procedió a retirarla. Asomó la cabeza por el hueco, y notó que tenía más de cuatro metros de distancia hasta llegar al piso. Se adelantó al agujero, y comenzó a retroceder para dejar salir sus piernas hacia afuera. Intentó mantener el equilibrio lo más que pudo para lograr un descenso controlado, pero más pronto que tarde se deslizó fuera del ducto y hacia el piso. Logró aterrizar sobre sus dos pies, aunque el impacto se hizo sentir inmediatamente en sus rodillas, llevándolo a arrojarse al suelo y retorcerse de dolor. Algo se había dañado en sus articulaciones. De eso no había duda.

“- Me cago en la p...”, comenzó a maldecir, cuando detectó movimiento en las alturas. Elevó la mirada, y la criatura se columpiaba en los andamios que el mantenimiento del shopping había montado para reparar algunas claraboyas.

Sintió como lentamente comenzaba a entrar en pánico. La lesión no le permitía ponerse de pie. Estaba a la merced de la criatura.

El rugido que profirió no se asemejaba a la de ningún animal que hubiera escuchado antes. Logró liberar el seguro de su arma, y la colocó entre ambas manos. Si iba a morir, al menos se aseguraría de vaciarle el cargador a esa cosa.

La bestia se lanzó hacia abajo, y comenzó a descender por la estructura de metal. Felipe intentaba apuntar y confirmar su blanco, aunque le era imposible. Los movimientos de la criatura eran ágiles, y no permanecía en el mismo lugar más que un momento. Se posó sobre el suelo, a escasos metros de distancia. Sus garras friccionaban contra la cerámica, emitiendo

un sonido agudo que le destrozaba los tímpanos.

Disparó el primer proyectil, que se alojó en el hombro derecho de la criatura. El segundo, apenas raspó la piel sobre su cabeza. Los nervios le jugaban una mala pasada, y no conseguía un impacto relevante.

El animal continuó avanzando, y acortaba la distancia entre ellos. Felipe descargó el resto del cartucho, sin lograr detener el avance. Lanzó la pistola hacia el rostro de la criatura, como última alternativa. Cerró los ojos, esperando se cumpliera su ejecución.

El estallido lo sorprendió, y lo obligó a abrirlos nuevamente. La munición impactaba en el brazo de la bestia, y le causaba una herida sangrante. La criatura bramó de dolor, y buscó con enfado a su agresor.

Hernando se mostró por el corredor, y volvió a impactar el lomo de la bestia. “- No me quedan muchas más municiones de éstas. Rápido, ayudalo a salir de acá”.

A sus espaldas, Carlos avanzó hacia Felipe. Hernando continuó a su encuentro con la criatura, captando su atención.

“- Vamos, tenemos que irnos cuanto antes”, le advirtió Carlos.

“- ¿Ustedes... ¡Ustedes secuestraron a Francisca!”.

“- Sí, ya va a haber tiempo para explicar. Ahora, vamos de una vez”. Felipe lo rodeó por el hombro con su brazo.

“- ¡Váyanse, no voy a poder detenerla mucho tiempo más!”, dijo Hernando.

“- Esperen, hay un anciano en el piso de abajo...”, recordó Felipe.

“- Sino aprovechamos ahora, nos van a matar a todos”, reparó Carlos.

La puerta automática que estaba frente a ellos se abrió. El comisario y el agente del puesto de control esperan del otro lado. “- ¡Por acá! Ya sacamos al anciano mientras la criatura se distrajo con Felipe. ¡Vamos!”, dijo el comisario.

Carlos se apresuró casi arrastrando a Felipe por los aires, y cuando cruzaron el umbral de la puerta, ésta volvió a cerrarse.

“- Gracias a Dios”, clamó Carlos.

“- Felipe, ¿estás bien?”, preguntó el comisario. “- La caída fue tremenda”.

“- Creo que me lastimé la rodilla”, respondió.

“- Traigan a un par de enfermeros hasta acá, irápido!”, ordenó el comisario. “- Y ustedes, cuando termine toda esta locura van a tener mucho qué aclarar”, afirmó dirigiéndose a Carlos. “- ¡Arréstenlo! Es el fugitivo del hospital”.

Los uniformados lo tomaron por los brazos, y lo esposaron de inmediato. Carlos no opuso resistencia alguna.

Se acercaron una vez más al vidrio, y observaron a la criatura incorporarse sobre sus patas traseras. Sobrepasaba a Hernando en más de un metro en altura. Estiró su extremidad delantera derecha, y extendió sus afiladas zarpas. Hernando preparó la última bala, y la colocó en la recámara de su arma. La bestia atacó, perforando el abdomen de su atacante, en el mismo momento que el último proyectil le destrozaba parte del cráneo.

“- ¡Alguien que haga algo!”, exclamó Carlos.

Los uniformados se observaban unos a otros, sin certeza de cómo proceder. Puertas adentro, verificaban cómo la criatura se alejaba del lugar, atravesando uno de los ventanales. En el pasillo, Hernando permanecía abatido.

La puerta automática les dio paso, y el agente autorizó el ingreso al centro comercial. Carlos se zafó de sus custodios, y corrió hasta Hernando con las manos encadenadas detrás de su espalda.

“- ¡Oiga!”, alcanzo a decir el agente.

“- Tranquilo, no va a ir a ningún lado”, dijo el comisario.

“- Dejame ver la herida...”, mandó Carlos. Hernando retiró su mano, y pudo observar la profundidad de la herida. “- ¡Alguien que lo ayude!”.

Los paramédicos se hincaron frente a Hernando, y uno de ellos comenzó a desinfectar el corte. El otro, le aplicó un inyectable.

“- Qué es eso...”, preguntó Hernando al ver la jeringa.

“- Morfina, te va a hacer sentir mejor”, respondió el paramédico mientras retiraba la aguja. “- Hay que llevarlo a un hospital. Va a precisar cirugía”.

“- ¡Esperen! Antes de llevarlo, tenemos que encontrar a Francisca”, dijo

Felipe.

Hernando metió su mano en el bolsillo de su pantalón, y con dificultad extrajo la llave del Falcon. “- Segundo nivel de estacionamiento, al final de la hilera”.

“- Comisario, por favor. Traiga a Francisca conmigo”, rogó Felipe.

El comisario tomó las llaves. “- Seguro, contá con ello”.

Llegó al estacionamiento, y el Falcon lo esperaba al final de la hilera. El comisario observó en su interior, pero no había señales de Francisca. Comenzaba a regresar hacia el ascensor en busca de una explicación con los detenidos, cuando el golpeteo en el maletero llamó su atención. Insertó la llave con prisa en la cerradura, la giró, y al elevarse la tapa descubrió a la muchacha desaparecida.

PARTE IV

CAPÍTULO 1

1

Carlos había perdido la noción del tiempo dentro de la sala de interrogatorios. Le habían aplicado la rutina de “policía bueno, policía malo”; como si fuera su primera vez. Repitió hasta el cansancio que no emitiría palabra hasta no tener a un abogado presente. El policía bueno había intentado persuadirlo de evitar el juicio, y enfrentar así el escarnio público. Que los crímenes que había cometido habían calado hondo en la sociedad toda, según sus palabras. Y que no era necesario pasar por todo el proceso innecesariamente, cuando difícilmente el resultado cambiara. En tanto, el policía malo lo hostigó una y otra vez con los hechos acontecidos en el autobús, su oportuna “fuga” del sanatorio y el posterior episodio en el centro comercial. A las claras dejaban ver que precisaban un chivo expiatorio para todo lo sucedido, y tenían frente a sus ojos a su candidato en bandeja de plata.

Al caer la noche, lo alojaron en la celda de la comisaría junto con los demás detenidos de turno. Ninguno aventuraba acercarse o dirigirle la palabra. Su leyenda se había amplificado ante las recientes circunstancias. De todas maneras, tanto le daba. Lo único en lo que podía pensar era en

cómo salir de allí.

2

La enfermera revisó los valores de Hernando, quien recién regresaba del quirófano. Se dispuso a colocar el suero en la vía, cuando percibió que el paciente comenzaba a despertar.

“- No puede ser; le dieron suficiente anestesia para que durmiera al menos un par de horas más”, dijo la enfermera con un dejo de asombro en su rostro.

Hernando intentó incorporarse, pero el dolor que le causaban los puntos se lo imposibilitaron. “- El narcótico que me dieron ayudó a sobrellevar el procedimiento que me hicieron, pero lejos estuvo de adormecerme”.

“- Intente descansar. La herida fue muy profunda, y el riesgo de infección sigue presente. Vendré a ponerle calmantes y antibióticos más tarde”.

“- ¿Dónde están los demás?”, preguntó Hernando.

“- ¿A quiénes se refiere? Lo trajeron en una ambulancia a la urgencia, escoltado por dos patrulleros”.

“- Carlos... El Falcon, la muchacha... Tengo que irme”. Con esfuerzo, logró bajar el tren inferior de la cama, y apoyar sus pies sobre el piso. Cuando elevó el tren superior, sintió la presión en los puntos y la cicatriz comenzó a sangrar.

“- ¡Qué está haciendo! ¡Tiene que quedarse en la cama! ¡Oficiales, por favor!”.

Los uniformados que custodiaban la habitación en el pasillo abrieron inmediatamente la puerta y encañonaron a Hernando. “- Vamos a hacer esto de la manera sencilla. Se vuelve a acostar, y hace lo que le dice la enfermera”.

Hernando miró alternadamente a los policías, y se mantuvo sentado sobre la cama apoyando las manos en el borde. Sabía que podía deshacerse de ambos con facilidad, pero que no podría huir con éxito del edificio. Aún faltaba para que la herida terminara de sanar y poder desplazarse con la agilidad de costumbre. Volvió a meterse dentro de las sábanas, y recostó la cabeza sobre la almohada.

“- Así me gusta. No te acostumbres mucho a estos lujos, ya te falta poco para compartir celda con tu amigo”, afirmó el policía que estaba a cargo

de la guardia.

3

Francisca terminó su café, y se puso de pie súbitamente.

“- Francisca, ¿qué pasa?”, preguntó Felipe.

“- Tenemos que ir al hospital. Preciso hablar con ese hombre”.

“- Tranquila, no nos apesuremos”, sugirió el comisario mayor. “- Ya habrá tiempo para interrogarlo cuando le den el alta. Hasta entonces, tendremos que conformarnos con lo que nos quiera contar su cómplice. En este momento está hablando con el abogado de oficio, pero descarto que está aprovechando para hacer tiempo”.

“- Claramente es un desquite conmigo”, explicó Felipe. “- No vamos a demorar en descubrir en nombre de quién estaban actuando”.

“- ¿Por qué no van a descansar?”, propuso el comisario norteño. “- Han tenido suficiente en las últimas horas”.

“- Es una buena idea”, respondió Felipe. “- ¿Francisca?”.

La observó ausente, perdida en sus pensamientos. Se puso frente a ella, y consiguió finalmente captar su atención.

“- Perdón, ¿qué me decías?”, preguntó Francisca.

“- Que si estás pronta para ir a casa”.

“- Sí, creo que sí”. Saludaron a los comisarios, y abandonaron el despacho rumbo al frente del edificio.

“- Antes de irnos, ¿podríamos ir a ver ese auto una vez más?”, solicitó Francisca.

“- ¿Y para qué querrías verlo?”.

“- No lo sé. No lo vas a poder entender, pero sentí una conexión muy fuerte mientras que estuve dentro de él. Algo que puede tener que ver con lo que me pasó de pequeña”. Su semblante confirmaba que hablaba en serio.

“- ... El vehículo debe estar en el estacionamiento. Supongo que podemos darnos una vuelta. En todo caso, me gustaría ver qué me va a mostrar a

mí cuando ponga mis manos sobre él”.

Ingresaron al aparcamiento, y solicitaron autorización el agente responsable para inspeccionar el Falcon. “- Adelante; lo acaban de dejar acá hace un rato nada más. No pudieron encenderlo luego de que te sacaron del baúl, y hubo que remolcarlo”.

Francisca avanzó hacia el auto, y comenzó a percibir la misma vibra que cuando había estado dentro. La energía que le transmitía no era racional.

Felipe rodeó la carrocería, y posó sus palmas sobre el espolón. Se preparó para ser invadido enérgicamente por imágenes y sentimientos que lo aturdieran, pero para su sorpresa nada de eso sucedió.

La puerta del lado del conductor comenzó a abrirse lentamente. Francisca sintió que el interior de la cabina la convocaba a adueñarse del volante. Notó a Felipe aún concentrado en establecer algún tipo de contacto por su cuenta, y se decidió a tomar asiento. La puerta se cerró tras de ella, e inmediatamente el Falcon cobró vida.

“- Señorita, no puede hacer eso, por favor”, advirtió el agente. “- Va a comprometer las huellas y puede ser evidencia importante”.

Felipe volvió rápidamente en sí, y encontró a Francisca dentro del Falcon, que rugía dentro del estacionamiento. “- ¡Francisca! ¡Salí de ahí, ahora!”. La observó intentando disculparse, pero al mismo tiempo satisfecha con lo que estaba haciendo. El Falcon comenzó a retroceder, y tanto Felipe como el agente intentaban detenerlo inútilmente. Enderezó la trompa hacia la salida, y aceleró a toda potencia.

4

Los agentes escoltaron a Carlos fuera de la sala, y lo regresaron a su celda. La reunión con el abogado había transcurrido tal cual la había imaginado.

Hacerle comprender todo lo que había sucedido antes del bus ya había resultado desafiante de por sí; desarrollar todo lo acontecido después, simplemente escapaba a sus posibilidades.

La litera lo aguardaba despejada. Los demás presos se amontonaban al fondo de la celda, sin intentar contacto de ningún tipo. Carlos tomó asiento sobre el catre, y fijó la vista hacia el interior de la comisaría. La posibilidad de volver a ser un hombre libre parecía cada vez más lejana.

La pequeña ventana de la celda apenas permitía iluminar el ambiente. Sin embargo, le permitió distinguir el sonido del motor del Falcon en el exterior. Se incorporó rápidamente, y se acercó hasta la abertura en la pared. Divisó el vehículo, alejándose por la calle y dejando atrás con facilidad a sus perseguidores.

“- Ahora sí que esto se puso interesante”, dijo en voz alta, despreocupado de lo que pudieran pensar sus compañeros de habitación.

5

Francisca comprobó que no era necesario mantener las manos sobre el volante. El Falcon podía valerse por sí solo perfectamente. En pocas cuadras, perdieron de vista a los patrulleros que intentaban darles captura. El vehículo condujo hacia los límites de la ciudad, y comenzó a dirigirse hacia el Parque Nacional. A medida que se adentraba en el bosque, las copas de los árboles los sumían cada vez más en las tinieblas. El Falcon detuvo completamente su marcha, y permaneció con el motor y los faroles encendidos.

“- ¿Y ahora?”, preguntó Francisca, convencida de que tendría algún tipo de respuesta.

La puerta volvió a abrirse, tal como lo había hecho en el estacionamiento de la comisaría. Intuyó que el Falcon le estaba mandando descender, y así lo hizo.

“- Espero que no estés pensando en dejarme acá sola”, advirtió Francisca.

El motor comenzó a rugir con mayor intensidad. El cambio de luces se reflejaba en los pinos que se apostaban a su frente.

“- Tenemos que buscar la forma de reunirnos todos de nuevo”, comentó convencida de que el Falcon asimilaba sus palabras. “- Felipe es el único que puede ayudarnos”.

CAPÍTULO 2

1

Los patrulleros regresaron a la estación de policía, e ingresaron nuevamente al estacionamiento sin rastro de hacia dónde había escapado el Falcon. Cuando Felipe bajó de su vehículo, los comisarios lo aguardaban allí de brazos cruzados. Avanzó hacia a ellos, demostrando su impotencia frente a la situación.

“- Felipe, tenemos que hablar”, dijo el comisario mayor adelantándose a su colega del norte.

“- Por supuesto, yo...”.

“- Acá no; vamos a la oficina”.

Ingresaron al edificio, y avanzaron por el corredor hacia el ala principal. Ingresaron a la habitación, y el comisario mayor cerró la puerta. “- Felipe, se nos está haciendo difícil entender lo que pasó hace un rato”.

“- Comisario mayor, quiero pensar que no está sugiriendo lo que creo... La secuestraron de su casa, la metieron en la maleta del auto y la dejaron ahí por horas. ¿Y usted duda de que tenga algo que ver con todo esto?!”.

El comisario de Tacuarembó hizo un gesto con sus manos, pidiendo calma a ambos. “- No nos precipitemos. Yo sé lo que vi en ese centro comercial. Vi cómo esos dos hombres arriesgaron sus vidas para enfrentar a esa criatura. No tenían ningún motivo para hacerlo. Hay algo que claramente estamos pasando por alto”, concluyó.

“- Todas las seccionales recibieron la alerta sobre el Falcon. Tienen orden de detenerlo y traerlo nuevamente”.

“- Tenemos que traer a ese hombre del hospital, para poder interrogarlo. Está claro que su colaborador nos va a entretener todo lo que pueda y no va a decir nada. Tenemos que lograr que alguno traicione al otro”, afirmó Felipe.

“- Felipe... Creo que sería mejor que te tomes unos días”, dijo el comisario mayor. “- Esto te está afectando demasiado. Permití que nosotros nos encarguemos de seguir el tema. Cuando tengamos alguna noticia de Francisca, vas a ser el primero en enterarte”.

“- Comisario mayor, por favor. No me haga esto. Usted sabe que ni Francisca ni yo hicimos nada malo que nos pudiera involucrar...”.

“- Lo sé, lo sé. Pero tengo que regirme por el procedimiento. Si no lo hago, voy a dar a entender que te estoy favoreciendo y no nos conviene. Te pido que confíes en mí y hagas lo que te digo”.

“- Es por el bien de ustedes dos”, agregó el comisario del norte.

Felipe se llevó las palmas al rostro, cubriéndolo por un instante. El domingo había estado a punto de disfrutar de un paseo al aire libre en bicicleta, y ahora tenía que lidiar con una situación totalmente antagónica.

“- Me voy a casa. Confío en ustedes”. Estrechó la mano de cada uno, y salió hacia el pasillo.

“- Comisario, quiero pedirle como un favor personal que vigile las acciones de Felipe. No tengo nada en su contra, pero quisiera quedarme tranquilo de que no va a hacer ninguna tontería”, solicitó el comisario mayor.

“- Por supuesto. Cuente conmigo”.

2

Los oficiales ingresaron a la habitación de Hernando, y arrimaron la silla de ruedas hasta el borde de la cama.

“- Vamos a dar un paseo. La enfermera te va a ayudar a cambiarte. Sigamos como hasta ahora, sin tonteras”, sugirió el encargado de la custodia.

“- ¿A dónde me llevan?”.

“- A la comisaría. La muchacha que secuestraste se fugó con el Falcon. Tu cómplice no quiere colaborar. Así que van a interrogarte”.

“- ¿Conviene que sepa todo eso?”, preguntó su subordinado.

“- Silencio. No me vas a decir a mí como manejar la situación. Enfermera, proceda. Nosotros nos quedamos en la sala hasta que esté pronto”.

Hernando obedeció las directivas de la enfermera, y logró vestirse sin agudizar demasiado el dolor de la herida. Se colocó el calzado por último, y se sentó en su transporte.

“- Listo para lo que dispongan”, dijo a los uniformados.

“- Muy bien. Andando”. El oficial a cargo indicó a su ayudante que empujara la silla de ruedas, y los escoltó hacia el ascensor arma en mano. La cabina se presentó libre, y se montaron para descender a la planta baja. La ambulancia los esperaba pronta para subir a Hernando.

“- Mantengamos los ojos abiertos, quiero entregarlo en la comisaría sin inconvenientes. El comisario mayor lo va a recibir al llegar”, señaló a su

subordinado.

3

Felipe buscó su llave en el bolsillo interno de la campera, y abrió la cerradura. No identificó signos de violencia al entrar. Francisca claramente se habría resistido, pero sus captores tampoco habían aplicado la fuerza bruta. Se dirigió al dormitorio, y se recostó sobre la cama.

Un ruido dentro de la casa lo sustrajo de su descanso. Se incorporó de un salto al costado de la cama, y tomó su arma de la mesa de luz. La casa estaba completamente a oscuras, y las persianas impedían el ingreso de algo de luminosidad desde el exterior. Comenzó a avanzar hacia el fondo de la vivienda, presentando el arma al frente.

“- Felipe, bajá el arma por favor...”.

Sintió la voz de Francisca, aunque no conseguía discernir desde dónde le hablaba.

“- Francisca, no juegues conmigo. Prendé la luz, donde sea que estés. Preciso asegurarme que estás sola y que no venís con ninguno de tus amigos misteriosos”.

Vio encenderse la luz de la cocina, y avanzó hacia allí manteniendo recaudos. Encontró a Francisca de pie, apoyada sobre la mesada de mármol.

“- Felipe ...”.

“- Franni, por Dios. Todo esto es una locura. Primero te secuestran, te liberamos y te escapás en el auto donde te retuvieron”.

“- Perdón. Era algo que tenía que hacer. No me pidas que te explique por qué. Pero me vinieron a buscar para algo, y tengo que ayudarlos”.

“- ¿Ayudarlos? ¿De qué estás hablando? Esos dos van a comerse varios años en prisión”.

“- Tenés que ayudarme a reunirlos, por favor”.

Felipe se mantuvo en su lugar, y fue Francisca quien decidió ir hacia él. Con inseguridad, se decidió a abrazarlo, y Felipe no lo impidió. “- Te prometo que todo esto va a tener sentido. Pero tengo que reunirme con

ellos otra vez”.

“- El comisario mayor me sacó del caso. Piensa que estoy involucrado de una forma u otra”.

“- Lo siento, no quería que esto te afectara”.

“- Al que derivaron al hospital lo podemos recuperar fácilmente. En cambio al otro, no va a ser sencillo sacarlo de la seccional”, razonó Felipe.

“- Uno a la vez. El Falcon está estacionado acá a la vuelta”.

3

El comisario mayor recibió las novedades de la central, y marcó el número del comisario. “- ¿Alguna novedad de Felipe?”.

“- Lo vi entrar a su casa. Las luces están apagadas. Creo que está haciendo lo que le pedimos”, respondió.

“- Bien. Están coordinando el traslado del prisionero desde el sanatorio. Tenemos que preparar las salas de interrogatorio para él y para su cómplice. Me sería de mucha ayuda si pudiera volver y ayudarnos a definir la estrategia. Usted conoce más la historia de Carlos Méndez que nosotros”.

“- Salgo para ahí ahora mismo”.

El legajo de Carlos asombró al comisario mayor. “- Es tremendo todo lo que ha hecho este muchacho”.

“- Su historia es muy popular en el norte del país. Como todo, hay quienes defienden su accionar, y otros tantos que lo defenestran”.

“- Tenemos que aprovechar este material para hacerlo hablar de algún modo. El primer interrogatorio fue una total pérdida de tiempo. Va a ser mejor que nosotros nos involucremos directamente en el asunto”, propuso el comisario mayor.

“- Comparto”, respondió el comisario. “- Voy a pedir que preparen a Carlos para trasladarlo a la sala. Cuando llegue el otro prisionero, comenzamos”.

Carlos observó movimiento fuera de la celda, y se aproximó hasta los barrotes. El comisario del interior hablaba con el custodio de la celda, quien lo autorizaba a avanzar hacia él.

“- Vamos a cambiarlo de lugar. ¿Tendremos algún problema o vamos a ir tranquilos?”, preguntó el comisario.

“- No tengo mucha opción, ¿verdad?”, respondió Carlos.

“- Agente, favor abra la puerta”, pidió el comisario.

El agente se acercó hasta la celda. “- Vos, ponete las esposas. El resto, contra la pared con las manos apoyadas y las piernas bien abiertas”. Carlos cumplió las directivas, así como el resto de los ocupantes de la celda. La puerta de metal se abrió, y Carlos egresó poniéndose a disposición del comisario.

“- ¿No va a esperar a que alguien lo ayude con la custodia?”, consultó el agente.

“- No es necesario. Yo me encargo”.

Caminaron hacia el ascensor, y cuando el comisario marcó la botonera, llamó la atención de Carlos que comenzaban a descender en lugar de subir. “- ¿Vamos a una sala de interrogatorio subterránea?”.

El comisario se mantuvo en silencio.

Las puertas se abrieron justo frente al estacionamiento. El comisario avanzó hacia su patrullero, llevando a Carlos delante de él. Abrió la puerta trasera del lado del conductor, e introdujo a Carlos dentro. Cuando se disponía a tomar asiento al frente, el custodio del aparcamiento se le apersonó.

“- Disculpe, comisario. ¿Tiene autorización para llevarse a este recluso?”.

“- Lo autorizó el comisario mayor”, contestó el comisario. “- Puede validarlo con él si desea”.

El agente observó a Carlos, y volvió la mirada hacia el comisario. “- Si me permite un segundo, voy a hacer un llamado. Ya tuvimos un inconveniente hace un rato con la muchacha y ese Falcon”. El agente se dirigió a su oficina, y tomó el teléfono.

El comisario se montó en el patrullero, y encendió el motor.

“- ¡Oiga! ¡Qué está haciendo!”, exclamó el guardia saliendo de la cabina.

El patrullero aceleró hacia el portón, impactando contra el mismo y abriéndose paso hacia la calle.

“- ¿Qué está pasando exactamente?”, preguntó Carlos.

“- Esa bestia sigue suelta por ahí, y ustedes son los únicos que parecen saber cómo detenerla. Vamos a buscar a tu amigo, aunque me arriesgue a que me metan en la misma celda con todos ustedes”.

4

“- ¿Cuánto falta?”, preguntó el encargado de la custodia de la ambulancia al enfermero que iba de copiloto.

“- Estamos a menos de diez cuadras”.

“- Perfecto. Agente, notifique a la comisaría que nos esperen preparados para recibir al prisionero”. El encargado de la custodia notó a Hernando observando por las pequeñas ventanas de las puertas traseras de la ambulancia. “- ¿Qué estás mirando?”.

Hernando se mantuvo en silencio. El encargado de la custodia se arrimó hasta la ventana, y notó al Falcon que escoltaba a la ambulancia a la distancia. “- Qué carajo es eso...”.

El Falcon comenzaba a rebasar a la ambulancia, y rápidamente se colocó delante de ella. El conductor de la ambulancia se volvió hacia los oficiales. “- Oigan, tenemos compañía”.

La ambulancia perdía velocidad, e inminentemente se veía obligada a detener completamente la marcha.

“- ¡Acelere esta cosa!”, ordenó el encargado de la custodia.

“- ¡No se puede! ¡Ese auto no nos permite avanzar!”.

El velocímetro de la ambulancia llegó a la marca de cero.

Los policías descendieron de inmediato, y apuntar sus armas al Falcon. “- Salgan con las manos arriba! ¡Nada de trucos!”.

El vehículo escarlata permanecía sellado. El motor bramaba, y el caño de escape emanaba un humo color azufre. Los policías avanzaron cada uno por separado a los lados, hasta llegar a las puertas delanteras. Cuando se disponían a interactuar con los ocupantes del auto, se sorprendieron de encontrar las butacas vacías.

“- No puede ser ... Como ...”.

El Falcon comenzó a acelerar, y dejó a los oficiales estáticos. Dobló la esquina, y desapareció de sus vistas.

“- Hay que volver a la ambulancia, irápido!”, dijo el encargado de la custodia. Observaron al conductor y copiloto tan estupefactos como ellos, sentados en sus asientos. Cuando volvieron a entrar a la parte trasera de la unidad, el prisionero se había esfumado.

Hernando caminaba con dificultad, a pesar de la ayuda de Francisca y Felipe. La herida volvía a abrirse, y la sangre manaba por los puntos.

“- ¿Dónde está ese auto de ustedes cuando se precisa?”, reclamó Felipe.

El Falcon apareció frente a sus ojos, deteniéndose en la mitad del cruce. Las cuatro puertas se abrieron en simultáneo. Colocaron a Hernando en la parte trasera, en tanto Felipe y Francisca volvían a ubicarse al frente.

“- Y ahora, a buscar a Carlos”, dijo Felipe, ubicado en el asiento del copiloto.

“- Antes, tenemos que ayudarlo a él. Esa herida no se ve bien”.

“- No creo que lo hayan sacado del hospital sino estaba en condiciones de hacerlo”, dijo Felipe.

“- ¿Quién es el doctor en medicina, ¿vos o yo?”.

“- Está bien; ¿a dónde lo llevamos?”.

“- Nosotros no, el Falcon”.

Regresaron al Parque Nacional, y el Falcon se estacionó bajo la sombra de unos eucaliptus. Francisca descendió del auto, y abrió la puerta trasera. El semblante de Hernando se había deteriorado rápidamente.

“- ¿Qué le pasa?”, preguntó Felipe.

“- Le perforó el abdomen una criatura que no es de este mundo. ¿Te parece poco?”. La gangrena comenzaba a avanzar sobre los tejidos. “- Precisamos un botiquín de primeros auxilios. Tenemos que ir a casa a buscar mis cosas”.

“- No, imposible. Nos van a estar esperando”, respondió Felipe.

“- Entonces, compremos lo necesario en una farmacia. Pero no podemos dejarlo así”.

“- Yo voy a conseguir lo que precisen, ustedes quédense acá”.

“- Busquen en la guantera del auto. Hay una botella con agua Gregoriana dentro. Debería de ayudar”, dijo Hernando con marcados gestos de dolor.

Felipe abrió el compartimiento bajo el panel, y tomó el frasco. Lo entregó a Francisca, quien retiró el tapón e irrigó el líquido sobre la costra que se había formado en la piel. El contacto generó una reacción que hizo humear los tejidos, y obligó a Hernando a proferir un alarido que espantó a la totalidad de los habitantes alados de las copas de los árboles del parque.

El zumbido del motor de un vehículo que se acercaba los puso en alerta. Felipe empuñó su arma, y apuntó hacia la fuente del sonido con ambas manos. El patrullero del comisario del norte se distinguió entre el follaje.

“- ¡Comisario!”, dijo Felipe. Fue al encuentro del vehículo, en tanto sus ocupantes comenzaban a descender. “- ¿Cómo nos encontraron?”.

“- El comisario mayor me hizo ponerte esto”. Desprendió el localizador del abrigo de Felipe, y se lo enseñó delante de sus ojos.

El comisario ayudó a Carlos a retirar las esposas, y marcharon hacia el resto del grupo. Felipe estrechó la mano del comisario, y se detuvo cuando Carlos le ofreció la suya.

“- Primero, tenemos que aclarar un poco las cosas”, alertó Felipe rechazando el saludo.

Carlos regresó su mano a un lado, y se hincó a un lado de Hernando. “- ¿Cómo te sentís?”.

“- He estado mejor”, respondió mientras se concentraba en la reacción que el agua Gregoriana continuaba haciendo sobre la herida.

“- Eso no pinta nada bien”, agregó Carlos. “- ¿Qué vamos a hacer para ayudarlo?”.

“- ¿Tienen un botiquín de primeros auxilios en el patrullero?”, preguntó Francisca.

“- Sí, ya lo traigo”. El comisario corrió hacia el vehículo, y tomó la pequeña maleta bajo su asiento. “- No tiene uso, debería tener todos los implementos de origen”.

Francisca abrió el botiquín y buscó el desinfectante. Tomó el paquete de gasas, lo empapó con el fluido y lo colocó sobre la zona afectada. “- Esto no te va a doler, y va a ayudar a complementar lo que sea que me hayas hecho ponerte primero”.

Una sensación de alivio se percibía en el rostro de Hernando. “- Gracias, no sabía cuánto más iba a poder aguantar así”. Colocó sus manos sobre las gasas, y se recostó horizontal sobre el suelo. Francisca se quitó el abrigo, lo enrolló y lo colocó bajo la cabeza de Hernando.

“- ¿Estamos de acuerdo en que con esto no va a alcanzar?”, dijo Carlos al resto. “- ¿Podemos volver a de donde sea que viniste, y ver si pueden sanarte?”.

“- No así... No tendré suficiente fuerza para invocar el portal. Estoy atrapado de este lado hasta que me recupere”, explicó Hernando.

“- Nuestras opciones son limitadas en este momento. Hasta que no se recupere y nos diga cómo seguir, estamos varados”, respondió el comisario.

“- Esa criatura anda por ahí suelta, y aparentemente nadie sabe cómo detenerla salvo él. Lo que no entiendo es, a vos también te atacó en el bus, te desgarró parte del vientre y no te veo nada mal. ¿Cómo puede ser?”.

Carlos se levantó la camisa, y notaron cómo las cicatrices de la herida prácticamente habían desaparecido.

“- No lo sé... cuando Hernando me sacó del hospital y me llevó a la mitad del campo, me dijo que precisaba algo que yo tenía para detener a la bestia. Pero no me llegó a decir qué”.

“- ¿Algo particular que recuerdes de tu pasado que pueda explicarlo?”, preguntó Francisca.

“- ... Después de la muerte de mi madre, viví hasta los dieciocho años en el orfanato del pueblo. Cuando cumplí la mayoría de edad, tuve que irme

y empezar mi vida adulta. El encargado del orfanato me ayudó a conseguir un trabajo en una cantera de piedra que estaba en la zona. A los pocos meses, mi sistema respiratorio se había afectado tanto que casi no podía trabajar. La empresa decidió despedirme, y me encontré totalmente solo y sin una forma de sustento. Pensé en volver al orfanato y pedir ayuda, pero mi orgullo pudo más. Uno de los obreros de la cantera, sin embargo, me dio techo y comida en su casa por unas semanas. Unas noches antes de irme, me contó la historia de un compañero que había sufrido la misma afección que yo, y había probado un tratamiento en la frontera”.

“- Según contaba, no daban ninguna garantía de que funcionara y claramente no era nada legal, pero a su compañero le había funcionado y desde entonces se había sentido mejor que nunca”.

Las pupilas de Francisca se dilataron casi por completo, y Felipe lo notó. “- Francisca, tranquila...”.

“- ¿Vos también fuiste a la casa? ¿Qué te hicieron? ¡¿Quién te atendió cuando pasaste a la sala grupal?!”.

Los demás la miraron extrañados.

Carlos comprendió su inquietud, y se dispuso a darle las respuestas que estaba buscando. “- Viajé casi durante dos días en bus para llegar hasta ahí. Hice la fila en cuatro oportunidades. Las tres primeras no llegaron a atenderme. Para la cuarta, me había quedado sin ahorros y representaba mi última oportunidad. Tuve suerte y entré a la consulta a la mitad del día. Un muchachito que no tendría más de doce años oficiaba lo que era una especie de ritual. Los pacientes entraban en tandas de a diez, a una habitación muy cálida, con paredes de madera y estufa a leña al fondo. Sobre la estufa, había una especie de urna, de esas donde uno puede conservar las cenizas de un familiar. El chico, escoltado por dos mastodontes que parecían ser sus tíos, avanzaba por la ronda, y uno a uno consultaba los antecedentes de su dolencia. Luego, comenzaba a frotar sus manos con tremenda rapidez. El calor que generaba se percibía en todo el salón. La temperatura debía de aumentar hasta dos o tres grados. Aplicaba luego las palmas sobre la zona afectada, y las dejaba allí durante unos segundos. Nadie sentía dolor, ni quemazón”.

“- Cuando fue mi turno, puso sus manos sobre mi pecho, y cuando las retiró enseguida sentí como el aire fluía mucho mejor en mis pulmones”.

“- Yo también fui a la casa cuando era una bebé. Claro que no tengo ningún recuerdo al respecto, pero mis padres me contaron la historia cuando niña. Mi salud ha sido como la de un roble desde entonces”.

“- ¿Y qué hacemos entonces? ¿Llevamos a Hernando hasta allá? No vamos a poder cruzar la frontera así nomás”, dijo Felipe.

“- A la casa que yo fui estaba de este lado de la frontera, no del lado brasilero”, explicó Carlos.

“- Se deben de haber mudado... Algo pasó en la primera casa que mis padres no me quisieron contar, ni tampoco a mis hermanos mayores. Lo percibí enseguida, pero no me animé a preguntar qué era lo que había sucedido. A mi madre no le gustaba hablar del tema...”, agregó Francisca.

“- ¿Dónde está la casa a la que fuiste?”, preguntó el comisario a Carlos.

“- Estaba en las afueras de Río Branco, cerca del puente Mauá”.

“- Es un viaje de cinco horas aproximadamente. Vamos a tener que acomodarnos todos en el Falcon. No nos conviene ir separados. Hernando puede viajar adelante”, propuso el comisario.

“- ¿Quién conduce?”, preguntó Carlos.

“- Me parece que a la única que el Falcon va a autorizar es a Francisca”, contestó Felipe.

PARTE V

CAPÍTULO 1

1

El destino del improvisado grupo los esperaba en Puerto Seco, a pocos kilómetros del cruce de frontera. Los conocimientos del comisario y de Felipe les habían permitido tomar diferentes rutas menores y caminos vecinales, hasta alcanzar la vieja ruta 18 a la altura de Rincón. El Falcon debía detenerse periódicamente para que Francisca pudiera repetir la limpieza de la herida de Hernando. Decidió aplicar solamente los artículos del botiquín del comisario; Hernando parecía demasiado débil para soportar el agua Gregoriana otra vez. Ninguno de ellos había tenido un buen descanso en días, ni una comida decente. Pero estaba claro que la prioridad era salvar la vida de Hernando.

“- Tuvimos mucha suerte de que manejaran tan bien esa variedad de caminos alternativos; si hubiéramos tomado rutas nacionales ya nos

hubieran detenido”, comentó Carlos.

“- Por ahora, el Falcon obedece cada una de las direcciones que tomo con el volante”, agregó Francisca. “- Espero que sigamos así”.

“- Creo que confía en nosotros, por eso no se ha rebelado. Aún”, concluyó Carlos.

“- ¿Cuánto falta para llegar a la ruta 26?”, preguntó Francisca.

“- Unos cincuenta quilómetros más o menos”, contestó Felipe.

“- ¿Y qué hacemos cuando lleguemos? No nos van a dejar entrar así nomás a la casa, y saltearnos turnos. Hay gente que se comienza a formar para la fila del día siguiente, apenas termina el turno del día anterior”, explicó Carlos.

“- No lo sé; vamos a tener que intentar hablar con la familia. Quizás me recuerden... Y nos permitan ver al muchacho”, dijo Francisca.

“- Que te recuerdan, te recuerdan de seguro”, respondió Carlos. “- Sí decís que por vos y tu familia se fueron de Brasil para acá... Y ya no es un muchacho, debe tener casi diez años más que vos”.

“- No lo sé, pero vamos a tener que intentarlo. Cuando consigan entender la situación, no creo que nos dejen a nuestra suerte”, contestó Francisca.

Antes de que la ruta 26 se adentrara al alba en Río Branco, el Falcón dobló hacia el norte por el barrio Reberon, deteniéndose en la zona cercana a la desembocadura del río Yaguarón. La casona, a pesar de que aún los aguardaba varias cuadras más adelante, ya mostraba una formación de personas aguardando turno.

“- ¿Quién se queda con Hernando?”, preguntó Francisca. “- No podemos arriesgarnos a que se malgaste energías hasta que nos aseguremos de que nos van a atender”.

“- Vayan... yo puedo quedarme en el Falcon. Estaré bien... Y gracias por todo lo que están haciendo”.

Los demás, simplemente intercambiando miradas concluyeron que Hernando podía decidir por sí mismo.

“- Está bien; volvemos lo antes que sea posible”, respondió Francisca.

“- Pueden ponerse agresivos si interpretan que nos queremos colar”, comentó Carlos al acercarse al final de la fila.

“- Por eso no te preocupes. Tenemos dos identificaciones policiales que van a hacer que nos abran paso si es necesario”, contestó Felipe.

“- No sé si te conviene andar presumiendo que sos policía por estos lados”, retrucó Carlos. “- Yo guardaría esas placas por ahora”.

La casona comenzaba a transmitir a Francisca una energía que ya había conocía de antes.

“- ¿Verdad que se siente raro?”, dijo Carlos.

Los visitantes de turno observaban al cuarteto adelantarlos, y los murmullos comenzaron a reproducirse.

“- ¿Qué estarán diciendo?”, preguntó Felipe, quien mantenía su mano alerta en caso de que fuera necesario desenfundar el arma que tenía bajo el abrigo.

“- Nada lindo, eso te lo aseguro”, contestó Carlos. “- No los mires y sigamos caminando”.

Los gritos y reclamos los comenzaron a acompañar el resto del trayecto, pero nadie decidió intervenir e interrumpir su avance. Fue uno de los integrantes de la familia quien lo hizo.

“- Vuelvan al fondo de la fila antes de que los saque del predio”, amenazó un gigante de más de dos metros, y más de ciento veinte kilos. Carlos lo reconoció de inmediato. Habían pasado años desde su visita, pero casi no percibía cambios en sus rasgos ni canas en su cabellera. Seguramente, el muchacho contribuía con su magia a que se mantuviera tan vital como cuando era más joven.

“- Señor, si nos pudiera escuchar solamente un minuto...”, empezó a decir el comisario.

“- Vayan a formarse, no lo voy a volver a repetir”. Sin rodeos, tomó el arma que llevaba sujeta a sus espaldas a la altura del cinturón, y apuntó al comisario.

La tensión del grupo ya estaba en su límite, y esto no hacía más que empujarla hacia el precipicio.

“- Señor; disculpe por el atrevimiento. Sabemos que no es el protocolo,

pero si nos permitiera...".

El grandote cambió su objetivo, y apuntó el arma hacia Francisca.

"- Ey, ¡qué estás haciendo!", intervino Felipe colocándose delante de ella.

"- Cuidado, no juegues al héroe que te puede salir mal", dijo el hombre, imperturbable.

El comisario comenzó a llevar su mano hacia su arma, consciente de que desatar una balacera en el lugar podía ser el principio del fin.

"- Poli, ni se le ocurra", ordenó el grandulón. "- No sé a qué vinieron, pero están perdiendo su tiempo. Acá no hacemos nada ilegal. Ayudamos a la gente y nada más. Y si se está preguntando, tiene pinta de policía de acá a la laguna Merín".

El comisario, que había pausado su decisión, hizo un rápido recorrido en las miradas de los demás. Francisca le imploraba que no continuara. Felipe, en cambio, parecía apoyarlo e intentar hacer prevalecer el dos contra uno. Carlos en cambio, mostraba un estado de confusión tal que no incidía en la decisión.

"- Solamente queremos ver al sanador, no venimos a arrestar a nadie. Tenemos a alguien muy herido en el auto que precisa ayuda ahora", dijo el comisario.

"- Váyanse; no voy a ayudar al amigo de ningún policía. Ni hoy, ni nunca".

"- Eso no lo decidís vos", dijo una voz que salía de la casona. Era la hermana del hombre. "- Valentín verá solamente a la muchacha, dentro de la casa. La sintió desde hace rato, cuando venían en camino. Los demás, pueden aguardar afuera. Les prometo que nadie les hará daño".

El mastodonte masculló su bronca entre dientes, y decidió guardar el arma. "- Vos, podés entrar con nosotros. Los demás, les recomiendo que vuelvan al auto. Ya hay demasiada gente nerviosa formándose con su presencia, y ahora más que saben que hay policías".

"- Vayan, voy a estar bien", contestó Francisca.

"- ¿Franni, estás segura?", preguntó Felipe.

"- Sí, no te preocupes". Lo tomó de la mano, y lo besó en los labios.

El hombre y la mujer la escoltaron al interior de la casona. La sala de recepción les dio rápidamente paso al salón contiguo, donde se realizaba el servicio. El curandero, sentado junto al fuego, dejó de sorber la bombilla de su mate cuando vio ingresar a Francisca. “- Es increíble... Mis padres me habían contado la historia mil veces, pero nunca pensé que volveríamos a vernos”, comenzó diciendo mientras se acercó con tranquilidad a la visitante.

“- Señor...”.

“- Podés llamarme por mi nombre, sin problemas”.

“- Valentín... Esto es sorprendente para mí también. Por supuesto que no tengo ningún recuerdo vívido de lo que pasó ese día, pero de alguna forma siempre supe que algo trascendente me había pasado de pequeña”.

“- Tu padre me salvó la vida aquella vez. Una señora colapsó de los nervios, sacó un arma en la mitad de la sala de la vieja casona y disparó un arma. Todavía lo recuerdo con nitidez; tu viejo te tenía en brazos, pero de alguna forma nos cubrió a ambos del proyectil. Terminó alcanzando a mi Yaya, que en paz descanse; si en cambio hubiera venido hacia mí...”.

“- Al poco tiempo, tuvimos que venirnos para aquí y empezar de nuevo. El ambiente había quedado muy caldeado del otro lado de la frontera, y la policía pedía una compensación demasiado grande a mi familia para ocultar todo lo que había sucedido”.

Francisca miró al grandote, pidiendo permiso para aproximarse a Valentín. No advirtiendo ninguna oposición al respecto, lo tomó de la mano y una chispa de luz se generó entre ambas palmas. “- Tenemos a un amigo muy malherido en el auto. Precisamos que nos hagas un favor y lo vayas a ver. Es muy importante”.

“- ¿Tiene algo que ver con esa bestia que apareció en el centro comercial de Montevideo?”.

“- Sí, precisamente”.

“- Los turnos empiezan hasta dentro de una hora. Creo que tenemos tiempo de ir hasta donde están y ver qué podemos hacer”.

“- Valentín, no lo hagas. No les debemos nada. Yo salvé al padre cuando salió de la casa. Un hombre que les había dado el turno para entrar los

atacó a la salida, y yo me encargué de él”, dijo su tío.

“- Bastante que acepto hacer esto cada día de mi vida, y le doy de comer a toda la familia. Sin mencionar que te sentís con bastantes años menos de lo que deberías, ¿no?”, argumentó Valentín.

“- Está bien; pero tu viejo y yo vamos contigo. No podemos arriesgarnos a que te pase nada”.

No precisaron llegar hasta el Falcon para detectar que las cosas no estaban bien. Caminó hacia el vehículo, y encontró a Hernando en el asiento del copiloto, completamente reclinado.

“- Hernando, traje ayuda...”. No tenía certeza de si siquiera alcanzaba a escucharla. Parecía delirar de la alta temperatura. “- ¿Valentín?”.

El curandero se acercó hasta Hernando, e inspeccionó la herida. “- Dios santo; es muy grave. No puedo asegurar que dé resultado”.

“- Tenemos que intentarlo”, contestó Francisca.

Valentín comenzó a frotar sus palmas, y todos observaron como el ritual volvía a repetirse. La temperatura dentro del Falcon comenzó a elevarse prontamente, y las agujas del panel comenzaron a alborotarse de inmediato. El radio, iba y volvía por las diferentes estaciones de radio, alternando volúmenes altos con bajos.

“- Tranquilo”, dijo Francisca. “- Lo estamos ayudando”.

Valentín colocó sus manos sobre la herida, y comenzó a transmitirle energía. “- Es muy profunda y la infección está muy avanzada... Quizás si me ayudarás...”.

Francisca lo miró a los ojos, y enseguida colocó sus manos sobre las de Valentín. La potencia del procedimiento que realizaban aumentó.

“- Abran paso”, dijo Carlos mientras llegaba a donde ellos, y colocó sus manos sobre las de los demás.

“- Creo que está funcionando...”, dijo Valentín. “- Sigán así”.

La luminosidad dentro del Falcon cegaba incluso a los demás que observaban desde fuera. Hernando comenzó a abrir los ojos, y notaron tormento en su mirada.

“- ¡Creo que es demasiado! ¡Atrás, todos!”, dijo Francisca.

Retiraron las manos en simultáneo. La lesión no mostraba signos evidentes de mejora.

“- Lo siento”, dijo Valentín. “- Creo que no llegamos a tiempo”.

Francisca se arrodilló junto a Hernando, y lo tomó de la mano. “- Si hay algo más que podamos hacer... Quizás Valentín pueda ayudarte a abrir el portal y volver ...”.

Hernando le acarició la mejilla, y se desplomó en el asiento.

El silencio se apoderó de todos.

Los familiares de Valentín ayudaron a colocar a Hernando sobre el pasto. El Falcon, si bien aún seguía allí con ellos, se mostraba completamente fuera de control.

“- Se arriesgó por todos para defendernos de la criatura, no es justo...”, afirmó Francisca.

“- Ahora, sí que estamos sonados. Esa bestia anda suelta por ahí...”, agregó Carlos.

“- No sé si puedo compensarlos de alguna forma...”, ofreció Valentín, ante la mirada de desaprobación de sus familiares.

“- Tranquilo, hiciste todo lo que pudiste y más”, respondió Francisca.

“- Tengo noticias para todos que no sé si quieren escuchar”, interrumpió Felipe a sus espaldas, mientras inspeccionaba el cuerpo de Hernando.

“- ¿Qué querés decir?”, preguntó Carlos.

“- Nuestro amigo Hernando era un simple cazador recompensado. Pude ver sus últimos recuerdos antes de morir. Le ofrecieron un botín importante por cazar a la bestia. Ni más, ni menos. No era ningún paladín. Era un mercenario”.

“- No podés estar hablando en serio...”, dijo Francisca mientras comenzaba a exasperarse.

“- Los iba a reclutar a ustedes dos para beneficio propio, nada más”,

respondió Felipe.

“- Bueno, a mí me secuestró del hospital por la fuerza, paralizándome durante todo el viaje hasta la tapera en el medio del campo. Casi muero del miedo cuando descubrí que el Falcon tenía vida propia. La primera impresión no fue la mejor que digamos. Y a vos te dejó en la baulera durante casi doce horas”, dijo dirigiéndose a Francisca.

“- Tenemos un asunto mucho más grande entre manos de con qué honores vamos a despedir a este hombre”, dijo el comisario. “- Los cuatro somos prófugos de la justicia, porque decidimos seguir a Hernando y pensamos era la solución. Ahora, estamos por nuestra cuenta y no tenemos ni la más rematada idea de lo que hacer”.

“- Le voló parte de la cabeza a la bestia usando unas balas especiales”, recordó Carlos. “- Dijo que eran de un metal raro, pero que no tenías más...”.

“- ¿No tenía más con él en ese momento o no tenía más en ningún lado?”, preguntó Felipe.

“- No sé. Podríamos revisar el Falcon a ver qué encontramos”, propuso Carlos.

Cuando se volvieron hacia el Falcon, las puertas se habían cerrado y las trancas estaban pasadas.

“- Llegó la hora de la rebelión”, dijo Carlos.

“- Déjenme a mí... Tenemos que lograr que confíe en nosotros”, dijo Francisca. Se acercó hasta el Falcon, que continuaba con su juego de luces y descontrol en el panel.

“- Calma... soy yo. Siento mucho lo que pasó; te prometo que vamos a darle un entierro digno. Pero precisamos nos ayudes a encontrar más municiones”.

La valija del Falcon se abrió mientras Francisca terminaba su oración. Francisca rodeó el auto, y buscó dentro de la baulera, pero no encontró nada.

“- Creo que quiere que coloquemos a Hernando dentro”, comentó Carlos. Pidió ayuda a los demás hombres, y cargaron a Hernando, y lo depositaron en el improvisado sarcófago. Antes de que volviera a cerrarse, Carlos tomó el cinturón de balas que llevaba en la cintura.

“- Puede que las precisemos más tarde”, sugirió Carlos.

El Falcon volvió a blindarse. El cuentarrevoluciones llevó la aguja hasta el fondo, y el vehículo despegó de su posición estática para dejar atrás al grupo en pocos segundos.

2

El comisario tomó el lugar del conductor en la camioneta, y escuchó las indicaciones del padre de Valentín.

“- Los cambios se hacen con esta palanca. Funciona de la misma manera que la caja de cambios que conoce, solamente que están al costado del volante. Tiene únicamente tres velocidades, por lo que va agarrarle la mano sin problemas”.

“- Muchas gracias, en serio”, dijo Francisca a Valentín.

“- Es lo menos que podemos hacer”, respondió Valentín. “- Espero que todo salga bien, y algún día puedan volver para charlar más tranquilos”.

Francisca subió junto a Felipe en el asiento de atrás, y el comisario inició la marcha.

“- ¿Qué hacemos? ¿Buscamos algún hotel en algún pueblito donde no sepan quiénes somos todavía?”, sugirió Felipe.

“- Podemos ir a la choza a donde me llevó Hernando cuando me sacó del hospital, no está muy lejos de acá si seguimos por la ruta 26”, propuso Carlos. “- Por lo menos, es el único lugar donde se me ocurre vamos a poder estar un poco tranquilos y poder pensar qué hacer, hasta que la criatura aparezca de nuevo al menos”.

“- Buena idea”, dijo el comisario.

La camioneta temblaba sobre el camino vecinal. “- Si le quedaban algo de amortiguadores, ya no los tiene más”, bromeó el comisario.

“- Ahí está”, dijo Carlos.

“- ¿Eso?”, preguntó Felipe.

“- Podemos ir a la estación de policía y entregarnos si te parece mejor”,

ofreció Carlos.

La camioneta dobló a la izquierda en la entrada, y avanzó hasta la puerta del garaje.

“- Entremos rápido, por las dudas”, pidió el comisario.

Carlos bajó de la camioneta, e intentó abrir la puerta de la casa. “- Cerrado con llave”, avisó a los demás.

“- Dame lugar y lo soluciono”, ofreció Felipe. Carlos se apartó unos metros de la puerta, y la bala pulverizó la cerradura. Carlos ingresó a la vivienda, y segundos después la puerta del garaje daba paso a la camioneta.

“- Bajemos las provisiones que preparó la madre de Valentín de la caja, y cerremos la puerta”, sugirió Francisca.

Las velas iluminaban tenuemente la habitación.

Habían colocado la fuente en el centro de la sala, y habían tomado asiento en el suelo formando una cruz.

“- Estas empanadas caseras están increíbles”, aseguró Carlos. “- Después de esto, lo único que quiero es dormir un rato sin que balas o zarpas estén rondando por el lugar”.

“- No veo una cama por ningún lado”, comentó Felipe. “- ¿Dormiría dentro del Falcon?”.

“- Es posible”, respondió el comisario.

“- Yo duermo en el piso, sin problemas. No es la primera, ni va a ser la última vez”, dijo Carlos.

“- Aprovechemos a descansar, mientras podemos”, sugirió el comisario. “- Hay lugar suficiente para todos si cada uno busca su rincón. Si me disculpan, yo me voy a ir al mío ahora”. Se levantó de su lugar, y se dirigió a la pared contraria a la de la puerta de entrada.

“- Bueno, creo que yo me retiro también”, dijo Carlos.

“- ¿Compartimos rincón?”, ofreció Francisca.

“- Si me prometés no vas a roncar como en la casa”, contestó Felipe. Apagó las velas, y la acompañó a la última pared despejada del ambiente.

“- El que ronque, se va a dormir al garaje”, amenazó Carlos.

Felipe sintió movimiento en la habitación, y se incorporó con rapidez, pronto para encañonar al visitante.

“- Tranquilo, Llanero Solitario. Ya todos están levantados, buscando conexión para ver si hay novedades de la bestia”, dijo Carlos, sentado en su rincón.

Felipe caminó hasta la puerta, y salió al exterior de la casa. Nadie al frente. Rodeó la vivienda, y encontró a Francisca y al comisario trepando una estructura de la red eléctrica, buscando altura. Se apresuró a su encuentro, con cuidado de no distraerlos.

“- Felipe”, dijo el comisario al notarlo unos metros más abajo.

“- ¿Alguna novedad?”.

“- Nada todavía. No conseguimos señal”, respondió Francisca.

“- Volvamos, es inútil”, propuso el comisario.

Bajaron de la torre de metal, y regresaron a la vivienda. Carlos terminaba de preparar un plato de pasteles dulces, mientras cebaba el mate que les habían dado en Pueblo Seco.

“- Espero que tengan hambre”.

“- La verdad que sí, ya me estoy malacostumbrando a tanto banquete”, contestó el comisario.

Volvieron a sentarse, y pasaron la fuente uno al otro.

“- ¿Quién se va a parar delante de esa cosa cuando vuelva a aparecer? Ni siquiera sabemos si las balas que tenemos sirven”, preguntó Carlos.

“- Alguien va a tener que tomar el lugar de Hernando cuando sea el momento”, comentó Felipe.

“- Si me pagan la recompensa, con gusto”, acotó Carlos.

“- Hablando en serio; tenemos que estar preparados para cuando llegue el

momento”, afirmó el comisario.

CAPÍTULO 2

1

Las horas transcurrían, y seguían sin tener noticias de los fugitivos. Era imposible de creer, pero estaba sucediendo. Toda la fuerza policial de la nación buscando un Falcon rojo, y nadie tenía una pista firme de ellos. Salió de su oficina, y caminó hacia la cocina para buscar un poco de café. Sirvió la taza por la mitad, y agregó un par de cucharadas de azúcar. El café estaba frío y aguado. No podía esperar la hora de tomarse un descanso y comprar una infusión decente en la tienda de comida rápida que estaba a un par de cuadras de allí.

“- ¡Comisario mayor!”, interrumpió uno de los cadetes entrando atropelladamente a la habitación, haciéndolo volcar parte del líquido al suelo. “- ¡Tenemos información de los fugitivos!”.

El comisario mayor lanzó la taza al fregadero, rajándola pero sin llegar a quebrarla. Volvieron hasta la sala de comunicaciones, y el oficial de turno le entregó la comunicación recibida.

“- Quiero que todas las seccionales del país le den prioridad número uno a esto”, ordenó.

2

Cuando su tío entró a la casona por la parte de atrás, Valentín lo aguardaba del otro lado de la puerta.

“- Fuiste a la comisaría”.

“- Sí, claro que lo hice. Ya te dije, esos policías me dieron mala espina”.

“- ¿O lo hiciste por la gratificación que recibiste por dar información?”, reprochó Valentín.

3

Felipe había alcanzado varios metros de altura en la torre eléctrica, pero corría la misma suerte que los demás. Nada de conexión. Moviéndose su

teléfono en varias direcciones, sin cambio alguno en las barras que medían el poder de la señal. Guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón, y de disponía a descender con cuidado de la estructura metálica, cuando observó en el horizonte una brigada de focos y sirenas bicolores dirigiéndose a la vivienda por el camino vecinal.

“- Puta madre...”, alcanzó a decir, y comenzó a bajar por el gigantesco andamio lo más rápido que le fue posible envuelto en la absoluta oscuridad. El trecho que lo separaba de los demás no era extenso, pero dudaba que les diera del tiempo de huir. La camioneta apenas alcanzaba setenta kilómetros por hora. Se precipitó al interior de la casa, y encontró a los demás recostados, descansando.

“- ¡Están viniendo!”.

“- ¿Quiénes?”, pregunto Francisca.

“- Nos encontraron. No nos va a dar tiempo a intentar escapar”.

Sus tres compañeros se incorporaron en un solo movimiento.

“- ¿Cuántos? Quizás podamos...”, comenzó a decir Carlos.

“- Tienen que ser más de treinta patrulleros. No tenemos chance alguna”, respondió Felipe.

“- Entonces... se terminó”, sentenció Francisca.

“- Así parece”, agregó el comisario. “- Sugiero que no nos resistamos, y nos entreguemos pacíficamente. No hay necesidad de que suceda ninguna desgracia”.

“- ¡Carajo!”, dijo Carlos al mismo tiempo que pateaba los implementos de la última comida que habían compartido juntos.

“- Tranquilo... No lo hagas peor”, aconsejó Francisca.

“- Decís eso porque todos ustedes van a entrar y salir... En cambio yo, voy a pasar el resto de mi vida encerrado. El Falcon se llevó el cuerpo de Hernando, nunca lo van a encontrar ni nos van a creer lo que pasó. Soy lo mejor que tienen entre manos para calmar los ánimos”.

Los demás lo contemplaron, sin poder decir algo que ayudara.

“- Dejemos las armas en el suelo y salgamos con las manos en alto”, indicó el comisario.

Los demás acataron el mandamiento, y completaron una fila al frente de la puerta. Felipe decidió ponerse delante, para que la primera persona que vieran salir fuera uno de los suyos -aunque traidor al fin-.

Abrió la puerta despaciosamente, y enseguida puso las manos sobre la cabeza. El primer par de luces se aproximaba al frente, y se detenían frente él. Los demás comenzaban a salir de la vivienda, y se colocaban a su lado.

“- Es raro que este patrullero haya llegado solo...”, comentó Carlos en voz baja.

El estruendo del motor acelerando los tomó totalmente desprevenidos.

“- ¡Es el Falcon!”, dijo Francisca.

Se acercaron hasta el vehículo, y encontraron completamente vacío su interior.

“- ¿Volviste para ayudarnos?”.

Las cuatro puertas se abrieron a la vez, y sin dudarlo se montaron en él.

“- Por favor, ivámonos de acá cuanto antes!”.

El Falcon derrapó sus cubiertas sobre la tierra del camino, y comenzó a alejarse de la casa aprisa.

“- No puedo creer, inos salvamos!”, dijo Carlos.

“- Si volvió, fue por Francisca. Que no te quepa duda”, afirmó Felipe.

“- ¿A dónde nos lleva?”, preguntó Carlos.

“- No lo sé, me conformo con salir del alcance de esas patrullas”, respondió Felipe.

“- Comisario... icomisario! ¡¿Está bien?!”, gritó Francisca al notarlo inconsciente.

“- Capaz precisaba descansar”, sugirió Carlos.

El adormecimiento comenzó a irrumpir en cada uno de ellos.

“- Ey... están sintiendo lo mismo que yo...”, advirtió Felipe. Se giró hacia Francisca, y comprobó que también se había desvanecido. Carlos combatía la somnolencia a su lado, y segundos después los cuatro

tripulantes compartían el coma.

4

Una treintena de vehículos policiales rodeaban la vivienda. El oficial tomó el megáfono y comenzó a dar la voz de alerta a los prófugos. “-Están bajo arresto. Salgan con las manos en alto y colóquense contra la pared”. Se volvió hacia su subordinado, e indicó que se procediera con la detención. Cuatro agentes se acercaron hasta el frente, y comenzaron a revisar la puerta del garaje.

“- Comisario mayor; estamos procediendo con el arresto. Estaremos llevando a los detenidos a Tacuarembó, para cambiarlos a un transporte blindado y de ahí hacia Montevideo”, comunicó el oficial a cargo del procedimiento desde su teléfono.

“- Excelente, oficial. Buen trabajo”. El comisario mayor sentía finalmente que retomaba el control de las cosas. “- Voy a quedarme en línea para confirmar que los tenemos a todos”.

“- Por supuesto”, respondió el oficial. “- Ahora los agentes van a entrar a la vivienda”.

Uno de los agentes se arrimó a la puerta de la casa. El interior se mostraba renegrido. Las linternas se encendieron al instante, mostrando de un momento a otro la sala completamente deshabitada.

“- ¿Oficial?”, reclamó el comisario mayor del otro lado de la línea.

El oficial permaneció en silencio, y comenzó a avanzar hacia la casa. Hizo a un lado a los agentes, y comprobó con sus propios ojos lo que le informaban. “- Comisario mayor, voy a tener que llamarlo más tarde”.

“- ¿Qué quiere decir? Of...”. La comunicación se interrumpió.

“- Quiero un operativo de rastreo en todos los puntos cardinales. Tiene que estar cerca. ¡No podemos dejarlos escapar!”.

5

Francisca comenzó a recobrar la conciencia, invadida por un sentimiento profundo de náuseas. Se incorporó en su asiento, y comprobó que los

demás aún permanecían dormidos.

“- ¿Dónde estamos? ¿A dónde nos llevás?”, preguntó al Falcon sin esperar una respuesta.

Miró por la ventana, y el paisaje que encontró le era completamente desconocido.

“- Francisca...”, dijo Felipe masajeando su frente con la palma de su mano derecha. “- Tengo una puntada tremenda en la cabeza. ¿Estás bien?”.

“- Sí, con un poco de malestar, pero bien”. Observó a los demás, y constató que el comisario aún no despertaba. Carlos, en cambio, comenzaba a recuperar el conocimiento.

“- ¿Carlos, cómo te sentís?”.

“- No puede ser...”, dijo Carlos mientras pestañeaba una y otra vez.

“- ¿Qué pasa?”.

“- Es lo mismo que pasó en el bus. Todos tenían el mismo recuerdo, de despertar luego de una extraña somnolencia. Cuando observamos por las ventanas, el coche viajaba por un paraje completamente diferente. Cosas extrañas comenzaron a pasar; algunos pasajeros perdían la cordura, otros que intentaban manipular al resto. Hasta que nos atacó la bestia...”.

“- No sé si te estoy siguiendo”, dijo Francisca.

“- Debemos haber cruzado hacia su mundo por accidente. Quizás la criatura, buscando escapar de alguno de los mercenarios que estaba tras él, intentó cruzar al nuestro y terminó facilitando la entrada del bus al suyo. Se sintió intimidado por la mole de metal, y decidió defenderse”.

“- ¿Y cómo fue que el bus volvió al otro lado?”, preguntó Felipe.

“- Eso no lo sé; quizás la bestia se trasladó a nuestro mundo cuando estaba dentro del bus, y nos devolvió a todos al otro lado”.

“- Eso no explica por qué el Falcon nos trajo hasta acá con él”, comentó Felipe.

“- La bestia debe estar de regreso, y quiere que lo ayudemos a detenerla”, concluyó Francisca.

CAPÍTULO 3

1

El comisario despertó súbitamente, con palpitaciones en el pecho y sudor en la frente. Se encontró dentro del Falcon sin compañía. La amnesia lo acompañó por unos segundos, y no conseguía recordar cómo había llegado hasta ahí. Observó hacia el exterior, y vio a Felipe, Francisca y Carlos de pie al frente del auto. Abrió la puerta, bajó del vehículo y avanzó hacia donde ellos, con un tranco irregular.

“- ¿Dónde estamos? ¿Qué está pasando?”, preguntó al trío.

“- Eso”, dijo Francisca. Apuntó hacia adelante, y el comisario se volvió hacia donde indicaba su índice. Un poblado en absoluta ruina se situaba a los lados de la carretera.

“- Por Dios”, dijo el comisario.

“- Esa bestia destruye todo lo que encuentra a su paso”, afirmó Felipe.

“- Su profecía se cumplió, comisario”, dijo Francisca.

El comisario la miró fijamente, aún desconcertado de lo que estaba sucediendo.

“- Va a poder ocupar el lugar de Hernando después de todo”.

2

Recorrieron el poblado buscando sobrevivientes, sin éxito. Los signos de lucha se dejaban ver en cada rincón de las construcciones que aún seguían en pie.

“- No sé qué habría pasado en ese centro comercial si Hernando no hubiera aparecido”, sentenció Francisca.

“- No lo hizo para salvar el día necesariamente”, le recordó Felipe.

“- ¿Acaso importa?”.

“- Oigan, hay una especie de almacén en el siguiente edificio”, dijo Carlos.

La construcción ofrecía solamente una entrada, y era a través de una puerta de cintas. “- No sé hace cuanto que no veo una como éstas”, comentó el comisario. “- Ni siquiera en Tacuarembó deben quedar puertas así”. Comenzó a cruzar las tiras de colores que caían desde el marco de la puerta, cuando algo pasó zumbando por su sien izquierda.

“- ¡Cuidado! ¡Están disparando!”, advirtió Felipe. “- ¡Todos al suelo!”. Los cuatro se hincaron de inmediato.

“- Comisario, está sangrando.....”, dijo Carlos.

“- La bala me rozó la cabeza, pero por suerte es superficial”.

“- ¡Alto el fuego! ¡Venimos a ayudar!”, exclamó Francisca. “- Vamos a entrar. Tenemos dos policías con nosotros. Si vuelven a disparar, tendremos que responder”.

Felipe admiró a Francisca. De a poco, se estaba convirtiendo en la líder del grupo. Hizo una señal al comisario, y se adelantaron a los demás para ingresar al lugar. Esta vez, no hubo disparos cuando cruzaron la puerta de cintas. Felipe dio el visto bueno a los demás, quienes ingresaron detrás de él.

“- Por favor, muéstrese. No tienen nada que temer”, dijo Felipe. Observó hacia el mostrador, y nada aparecía por allí. Se volvió hacia el par de góndolas que estaban el otro extremo del salón. Tampoco había señales de vida.

“- Felipe”, indicó Carlos. Felipe se volvió hacia él, quien le enseñaba un entrepiso en la pared del fondo. Un niño de no más de ocho años se apostaba allí, con un rifle que era casi de su tamaño.

“- Podés bajar, estás a salvo con nosotros”, afirmó el comisario. Tomó su placa del bolsillo de su pantalón, y se la enseñó para respaldar sus palabras. El pequeño se asomó a la baranda, y contempló al cuarteto, uno por uno. Bajó el cañón del rifle, y sin más comenzó a llorar desconsoladamente.

“- Voy a subir”, dijo Francisca. Ubicó la escalera, y ascendió hasta el entrepiso. Tomó la escopeta de las manos del niño, y la colocó sobre el suelo. Acto seguido, lo arrojó entre sus brazos. “- Tranquilo, todo va a estar bien”. Cuando logró que cesara en su llanto, ambos bajaron hasta el piso del local.

“- ¿Cómo te llamas?”, preguntó el comisario.

“- Iñaki”, contestó.

“- ¿Dónde están tus padres?”.

“- No lo sé”.

“- ¿Los atacó una bestia?”.

“- No... no lo sé”.

“- ¿Dónde están los demás?”.

“- Tampoco sé...”, contestó mientras notaban que los ojos comenzaban a ponerse vidriosos nuevamente.

“- Dejémoslo tranquilo. Debe haber pasado por una experiencia terrible. No te preocupes, vas a venir con nosotros, te vamos a cuidar”, aseguró Francisca quien volvió a abrazarlo.

Salieron hacia el exterior, y Francisca percibió el temblor en el cuerpo del pequeño cuando divisó el Falcon frente a ellos, lo que despertó nuevamente su incertidumbre.

“- ¿Qué sucede?”, preguntó.

“- El auto... me da miedo”.

“- No hay lo qué temer. Viene con nosotros”.

Iñaki comenzó a retroceder hacia el comercio. “- Pero... estaba ayudando a la criatura cuando nos atacaron”, dijo.

“- Eso no es posible”, respondió Francisca. “- Te estás confundiendo con otro vehículo”.

“- No. Era éste”. Volvió a cruzar la puerta de colores, y lo observaron regresar al entresuelo en busca de su escopeta.

“- Esto no tiene sentido”, comentó Felipe.

“- ¿Y si lo tiene?”, dijo Carlos.

“- ¿Qué quieres decir?”, preguntó Francisca.

“- De un lado, el Falcon es el cómplice de dos bestias descomunales. Del otro, parece el auto fantástico. Como si tuviera dos personalidades, que

cambian al cruzar de mundo”.

“- ¿Y qué vi entonces cuando Hernando murió? El don que tengo nunca falla. Hernando era un caza recompensas. Le iban a pagar una fortuna si cazaba a la bestia”, dijo Felipe.

“- Debía sucederle lo mismo que al Falcon. En nuestro mundo era un justiciero. En el suyo, era simplemente un ave de carroña”, respondió Carlos.

“- Las bestias no parecían tener ese cambio tan radical”, comentó Felipe.
“- Ni nosotros al cruzar a este lado”.

“- Cuando las atrapemos, si querés las diseccionamos y analizamos su cerebro para entenderlo”, contestó Carlos.

Se volvieron hacia el auto, y el motor comenzaba a rugir con la aceleración. El comisario y Felipe desfundaron sus armas, aunque sabían que seguramente no les sería de utilidad.

Iñaki irrumpió del interior del almacén, y descargó dos cartuchos contra la carrocería del Falcon. El motor bramó en clara señal de dolor. Comenzó a avanzar por la carretera, y desapareció doblando la esquina.

“- ¡Todos adentro! ¡Ahora!”, ordenó el comisario.

3

Consiguieron bloquear la entrada con uno de los muebles de estanterías, no sin esfuerzo.

“- Si esa bestia anda por ahí, esto no lo va a detener. ¿Vieron cómo están las demás construcciones?”, dijo Felipe.

“- Tenemos que evaluar la situación, rápido”, afirmó el comisario. “- Si la criatura y el Falcon trabajan juntos, volverán en cualquier momento. Carlos, ¿cuántas balas tenemos en el cinturón que recuperamos del Falcon?”.

“- Cerca de veinte”.

“- Vamos a intentar colocarlas en los cargadores de nuestras armas”. Carlos entregó seis balas al comisario, y seis más a Felipe. Los proyectiles ingresaban bien en las recámaras, pero si las mismas saldrían expulsadas por el cañón de las armas era algo que iban a tener que comprobar más

adelante.

“- Tenemos que buscar tiros seguros. No podemos desperdiciar ni una sola. La criatura es ágil, pero ya vimos cómo Hernando le voló la mitad de la cabeza la otra vez”.

“- Iñaki, ¿cuántos cartuchos más tenés para tu escopeta?”, preguntó el comisario.

“- Solamente dos”, contestó el niño.

“- Bien; vamos a dársela a Carlos, y Francisca se va a quedar todo el tiempo con vos. ¿Te parece bien?”.

“- Sí señor”. Entregó el arma a Carlos, e inmediatamente se arrojó a los brazos de Francisca.

“- ¿Y cómo vamos a detener al Falcon? Aún no identificamos un punto débil que digamos”, comentó Felipe.

“- Creo que cuando consigamos detener a la criatura, el Falcon será mucho más vulnerable”, opinó Francisca. “- Son una especie de simbiote. Deben estar conectados de alguna forma”.

“- Bien. El Falcon no va a poder entrar al edificio, pero la bestia sí y para nosotros sería una trampa mortal. Iñaki, ¿Hay forma de subir al techo?”, indicó el comisario.

“- Sí, hay una escalera en el entrepiso que sube hasta ahí. Pero no tengo la llave.”.

“- No te preocupes”, dijo Felipe. “- Nosotros nos encargamos”.

Se dirigieron al entrepiso, y comenzaron a escalar la pequeña escalera que estaba empotrada a la pared, con barras de metal.

Cuando llegaron a la compuerta, Felipe notó que la cerradura no iba a ofrecer resistencia, y con un golpe seco cedió de inmediato. La compuerta se abrió hacia afuera, y la luminosidad ingresó por el ducto.

“- Vamos”, indicó a los demás.

Los cinco completaron el ascenso, y tomaron posiciones prontamente. El comisario y Felipe se colocaron al frente del inmueble, controlando la calle que daba hacia la carretera.

Carlos, se ubicó en el extremo del contrafrente, que daba a terrenos

baldíos. Francisca, en tanto, permaneció con Iñaki en el centro del lugar.

El sol comenzaba a ocultarse a la distancia.

“- ¿En serio?”, dijo Felipe. “- Cuando nos subimos al Falcon aún era la madrugada”.

“- Iñaki, ¿tienen linternas o algo para iluminar abajo?”, preguntó Francisca.

“- De noche usamos velas”, contestó.

“- Eso no va a servir para alumbrar a distancia”, razonó el comisario.

“- Si el Falcon se acerca, lo vamos a identificar por los faros. La bestia...”, dijo Carlos.

“- Vamos a buscarlas igual, precisamos algo de luz acá arriba al menos”, agregó Francisca. Comenzó a descender por la escotilla, e Iñaki la acompañó.

“- ¿Algo por el frente?”, preguntó Carlos a los demás.

“- Nada por ahora”, respondió el comisario. Observó a Felipe, quien ocultaba perfectamente su perturbación.

“- Ya casi se termina de poner el sol”, describió Carlos la situación que todos confirmaban, sin necesidad de que alguien la relatara.

Francisca regresaba con las velas, y volvió a cerrar la compuerta. Encendió una vela, derritió un poco de cera y paró la vela sobre la misma, antes que endureciera.

Repitió el procedimiento con varias de ellas, y entregó una a cada uno de los vigías, quienes la imitaron para colocar sus velas en la cornisa.

Dentro de su bolso, había juntado algunos de los comestibles del almacén. Los cortes de fiambre tenían un aspecto diferente a los que conocía, pero asumió que los animales que faenaban de ese lado no necesariamente coincidían con los de su realidad.

Las piezas de pan, en tanto, tenían una textura más áspera, pero se esponjaban entre los dedos. Abrió uno, lo rellenoó con la carne fría y se lo entregó a Iñaki. “- Debes estar con hambre”.

“- Gracias”, dijo el pequeño devorando el tentempié.

Preparó varios más, y los repartió entre los demás, quienes los comieron también de inmediato.

La oscuridad los cubría por completo. Ante la ausencia de satélites naturales que alumbraran el cielo, las velas eran lo único que les daban referencia de dónde se encontraba cada uno.

“- Creo que vamos a tener que hacer turnos para hacer las guardias. No vamos a aguantar toda la noche despiertos”, propuso el comisario.

“- De acuerdo. Empiece usted, que fue el más afectado por el traspaso a este lugar”, respondió Felipe.

El comisario asintió, y se dirigió a donde Carlos. “- Cambiemos de armas. Te va a ser más útil ésta. Yo me quedo con el fusil por cualquier cosa”. Se acercó hacia donde estaban Francisca e Iñaki. “- Voy a quedarme con ustedes, sino les molesta”.

“- Por supuesto que no”, respondió Francisca.

4

El estruendo de las municiones puso al comisario sobre sus dos miembros inferiores en un segundo.

El mareo lo hizo trastabillar unos pasos hacia la izquierda, pero consiguió recobrar el equilibrio sin encontrarse con el suelo. Cuando consiguió fijar la vista, observó a Francisca corriendo hacia el frente del edificio.

“- ¡iiiFelipe!!!”, clamaba mientras avanzaba sin control hacia el pretil.

“- ¡Cuidado! ¡Te vas a caer!”, avisó Carlos quien llegaba a donde el niño.

Francisca se detuvo apenas unos centímetros antes de continuar hacia el vacío. “- ¡Felipe!”, reclamó entre sollozos.

“- ¡¿Qué pasó?!”, preguntó el comisario.

“- La criatura; apareció escalando por el muro del frente. Felipe consiguió impactarlo con dos municiones, pero alcanzó a subir al techo y lo empujó hacia la calle”, respondió Carlos.

El comisario se apresuró a alcanzar a Francisca, y al mirar hacia abajo no alcanzó a divisar nada con claridad. “- Voy a bajar. Si está ahí todavía, lo

vamos a rescatar”.

“- Comisario, ¡está loco! ¡Esa bestia anda por ahí suelta!, dijo Carlos.

El comisario desestimó el comentario de Carlos, y regresó hacia el centro de la terraza.

Abrió la puerta, tomó una de las velas que Francisca había colocado en el suelo y comenzó a descender por la escalerilla de metal. Desde el entrepiso, no identificó ningún peligro dentro del local. Continuó su descenso hasta la planta baja, y comenzó a mover los muebles que habían colocado bloqueando la puerta.

Afuera el viento soplaba levemente, pero lo suficiente para apagar la lumbre de la vela. Comenzó a enunciar un improperio, pero entendió que era mejor guardar silencio. La bestia podía estar al acecho. Y el Falcon, a su lado para colaborar.

Avanzó a ciegas, dando pasos lentos e inseguros. Pensó en sus compañeros en la cima del edificio, y agradeció para sus adentros que no comenzaran a llamarlo por su nombre. Ello hubiera significado su sentencia inmediata de muerte. Apostó a continuar su periplo, esperando toparse con el cuerpo de Felipe recostado sobre el suelo, inconsciente.

Calculó la distancia máxima que Felipe podría haber recorrido en su caída desde la cornisa, y comenzó a recorrer el terreno en sentido paralelo al edificio. Realizó el trayecto de ida y vuelta, pero sin conseguir encontrarlo. Se volvió en todos los puntos cardinales, buscando alguna señal.

Los faroles del Falcon se encendieron de repente, encandilándolo completamente. El auto se mostraba apenas unos metros delante de él. El comisario levantó la escopeta, y apuntó al centro de la careta.

El Falcon avanzó en su dirección, y el comisario disparó los dos proyectiles de los que disponía. El motor se quejaba ante cada impacto, pero el vehículo no detenía su avance.

“- ¡Comisario! ¡Por acá!”. El comisario se giró hacia su derecha, y observó a Felipe recostado sobre la pared del edificio lindero al almacén. El comisario comenzó a correr hacia él, y el Falcon se desvió tras de sus pasos.

“- ¡Va a tener que confiar en mí! ¡Siga corriendo de frente!, indicó Felipe. Levantó su revolver, y efectuó dos disparos, uno a cada uno de los lados del comisario. El Falcon comenzó a disminuir su velocidad, y se detuvo cuando parecía alcanzar a su presa.

“- La puerta está abierta, venga conmigo”, dijo Felipe. Entraron a la vivienda, y cerraron la puerta de hierro tras de ellos. Sobre el mueble a su izquierda, encontraron un farol a gas. A su lado, un encendedor.

“- ¡Felipe! ¡¿Cómo lograste sobrevivir a esa caída?!”.

“- Caí sobre la criatura, que absorbió casi todo el impacto. Volví a golpearme la rodilla, pero voy a sobrevivir. Huyó enseguida hacia la oscuridad. Creo que le hice daño; esas balas de Hernando son buenas”.

“- Los demás quedaron arriba del techo, tenemos que volver con ellos”, dijo el comisario.

“- Escuché a Francisca llamándome, pero no podía responder. ¿Están todos bien?”.

“- Sí, quedaron con Carlos, que tiene mi pistola. El rifle ya no tiene municiones, así que no tiene sentido seguirlo cargando”, contestó el comisario, y lo apoyó contra la pared.

“- A mí me quedan dos balas, y Carlos tiene el resto en el cinturón. Vamos a tener que lograr volver con éstas”.

“- Subamos al techo, para ver si podemos avisarles que estamos bien y que vamos a intentar regresar”, propuso el comisario. Comenzaron a recorrer la planta baja, y pasaron del comedor al pasillo que comunicaba con la cocina. Todo a su paso evidenciaba que la vivienda había sido visitada por la bestia. Antes de llegar a la siguiente puerta, una escalera de madera comunicaba con el piso superior. Avanzaron por los escalones, cerciorándose en los primeros que no cruzieran y fueran a alertar a sus acechadores de su paradero. Cuando alcanzaron la cima, la distribución de la planta alta les ofrecía tres opciones. Dos dormitorios y un cuarto de baño. Optaron por abrir la puerta del primer dormitorio, y lo encontraron vacío, aunque también desordenado. Continuaron con el baño, pero no consiguieron abrir la puerta.

“- ¿Habrá alguien dentro?”, preguntó Felipe en un tono de voz casi imperceptible.

“- No lo sé. Pero no podemos arriesgarnos a hacer ruido”.

La puerta del segundo dormitorio descubrió un cuarto en peores condiciones que el primero. Sobre la cama, que se ubicaba contra la pared de la ventana, un hombre con heridas varias sobrevivía sus últimos momentos.

Se asomaron hasta el lecho, y el moribundo llegó a reconocer la presencia de los dos a su lado. Extendió su mano, temblorosa, y el comisario la

tomó sin cuestionamientos.

“- No duele”, afirmó el hombre, mientras el sudor recorría su frente”.

“- Tranquilo, amigo. Ya va a un lugar mejor”, respondió el comisario.

Felipe se adelantó al comisario, solicitándole le dejara tomar su lugar. Tomó ambas manos con las suyas, y enseguida las imágenes comenzaron a llenar su visión.

“- ¿Qué ves?”, preguntó el comisario.

“- Tenemos un problema; esta casa la atacaron dos criaturas, no una”.

5

Llegaron nuevamente a la entrada de la casa, y observaron la negrura absoluta una vez más.

“- ¿Listo?”, preguntó Felipe.

“- ¿Hace alguna diferencia sino lo estoy?”, respondió con ironía el comisario.

Comenzaron a correr hacia el almacén, y el grito de dos criaturas los rodearon por los lados. Por el centro, el Falcon los enfocaba una vez más.

“- A cagar”, dijo Felipe y comenzó a acelerar el paso a pesar de su rodilla maltrecha.

El comisario no se quedaba atrás, y lo empardaba en la carrera. “- ¡No vamos a llegar!”.

Las municiones comenzaron a sobrepasarlos, y alcanzaban a la primera de las bestias; la que había perdido parte del cráneo en el enfrentamiento con Hernando. Cayó al piso sobre sus cuatro extremidades, y se lamentaba con fuertes quejidos de las nuevas heridas infligidas. La otra bestia lo rebasaba, y era escoltado por el Falcon.

“- ¡Sigán corriendo!, escucharon decir a Carlos desde la cornisa del almacén. Continuó disparando, y logró impactar a la otra criatura en el pecho. Otro de los proyectiles astillaba el parabrisas del Falcon, que a continuación estallaba en mil pedazos.

Alcanzaron la puerta de cintas, y comenzaron a empujar los muebles que

habían utilizado la primera vez para bloquear la entrada.

“- Esto no va a detener a la bestia”, afirmó Felipe.

“- Sigamos. No va a poder subir por el hueco de la compuerta. Cuando escale por fuera, esta vez tenemos que estar listos”.

Emergieron al exterior, y Francisca corrió a abrazar a Felipe.

“- ¡Gracias a Dios”, dijo mientras cubría su rostro de besos. Felipe la abrazó con cariño.

Carlos saludó a la distancia, sin abandonar su puesto al frente. “- Oigan, volvamos a cubrir las posiciones. Bastante tuve ya con hacerme cargo de todos los puestos este rato”.

“- ¿Cuántas balas nos quedan?”, preguntó el comisario.

“- Tengo tres en la recámara, y algunas más en el cinturón. Y ahora que tenemos tres acechadores y no dos, dudo que nos alcancen. ¿De dónde salió la otra criatura?”.

“- Esa nunca debe haber llegado a cruzar a nuestro lado”, explicó Felipe.

El edificio tembló de repente, como si estuvieran en el medio de un terremoto.

“- ¿Qué es eso?”, preguntó Francisca.

“- Las criaturas; están escalando”, dijo Felipe. “- Francisca, vos e Iñaki atrás”.

Felipe y Carlos se arrodillaron, y apuntar al frente esperando a que se presentaran las criaturas. El comisario, desarmado, evaluó reclamar la suya a Carlos, pero desestimó.

Las garras de las bestias se asomaron por la cornisa, y con un envión aterrizaron sobre el techo. Rugieron simultáneamente alaridos ensordecedores.

“- Preparados”, avisó Felipe.

Las criaturas avanzaron hacia ellos, y los proyectiles comenzaron a volar en su encuentro.

Carlos logró desintegrar el resto de la cabeza de la primera criatura, que caía al suelo ya sin vida. La segunda, a pesar de recibir algunos de los

impactos, no llegaban a ser letales.

“- ¡A la cabeza!”, ordenó el comisario.

“- ¡No me quedan balas!”, dijo Carlos.

“- ¡Voy con las últimas!, advirtió Felipe.

Descargó el resto de los proyectiles sobre la segunda criatura, consiguiendo que se desvaneciera sobre el piso.

“- ¡Todos! Bajen por la escotilla. No va a detenerse por mucho tiempo”.

Dieron paso a Francisca y al niño, continuaron el comisario y Carlos, y Felipe cerró la fila. Ingresó completamente en el ducto que comunicaba con el entrepiso, y sintió que las garras de la segunda criatura rozaban su cabellera. Se encontró con los demás al final de la escalerilla, y observaron al Falcon apostado en la puerta de cintas, iluminando el interior del almacén.

“- No tenemos más municiones”, avisó Carlos.

“- Estamos atrapados. No tenemos a dónde correr”, agregó el comisario.

La segunda bestia cruzó las cintas de la entrada, y detectó al grupo en el entrepiso. Su respiración se había acelerado, producto de las heridas que le habían provocado las balas especiales de Hernando.

“- ¿Intentamos una lucha cuerpo a cuerpo?”, preguntó Carlos.

“- Aunque esté debilitada, no tenemos chances. Cualquier zarpazo de sus garras significa la muerte”, respondió Felipe.

“- Soy el que tiene más oportunidad de resistir un poco más su ataque. Déjenme distraerlo, ustedes busquen otra salida y llévense al niño”, dijo Carlos.

“- No, o todos o ninguno”, respondió Felipe.

“- Tienen que tomar una decisión, y ahora”, advirtió Carlos.

La criatura se aproximó a las escaleras.

“- Tienen un minuto para actuar, con suerte”. Carlos voló por los escalones, y se lanzó sobre la criatura.

“- ¡Carlos, no!, gritó Francisca.

“- Hay que irnos”, dijo el comisario, tomándola de la mano y obligándola a bajar junto con Iñaki. Pasaron frente al forcejeo que se producía entre Carlos y la criatura. Ésta denotaba agotamiento y debilidad, pero aún llevaba la ventaja sobre Carlos. Cuando salieron a la calle, el Falcon los aguardaba fuera.

“- Por favor, ¡no hagas esto!”, rogó Francisca.

El ataque del Falcon era inminente. Comenzó a acelerar, y en el momento que la caja de cambios puso la primera marcha, un destello enceguecedor se interpuso entre él y sus presas.

“- ¿Qué es eso?”, dijo Felipe.

Valentín emergió del haz de luz, que implosionó en un abrir y cerrar de ojos detrás de él.

“- ¡Valentín!”, exclamó Francisca.

El recién llegado se colocó a su lado, y la tomó de la mano. “- Al fin logré cruzar. No podía dejarlos solos”.

Francisca se vio tentada a preguntarle cómo los había encontrado, pero decidió que tenían temas más urgentes entre manos.

“- Ahora, concéntrate. No va a demorar en volver en sí y atacarnos. Canaliza tu energía como cuando intentamos curar a Hernando. Yo me encargo de dirigirlo hacia él”, explicó Valentín.

Francisca comenzó a sentir como la energía pasaba desde su cuerpo al de él. La temperatura de Valentín comenzó a elevarse por encima de niveles tolerables por cualquier persona. La descarga fluyó desde sus manos hacia el centro del espolón del Falcon, haciéndolo volar por los aires. El motor se detuvo completamente, y un par de cubiertas vieron explotar sus cámaras de aire.

“- ¡Vamos a ayudar a Carlos!”, dijo el comisario. Regresaron hacia el almacén, y cuando cruzaron la puerta encontraron a su amigo tendido en el suelo.

“- Ayúdenlo, el comisario y yo vamos a buscar a la criatura”, dijo Felipe.

Valentín y Francisca se arrodillaron junto a Carlos, e Iñaki los imitó. Sin necesidad de coordinar el procedimiento, colocaron sus manos sobre el

pecho y vientre y comenzaron a transferir energía.

“- La bestia, está muerta”, afirmó el comisario. “- No sé como lo hizo, pero la venció”.

“- Debe haber usado su fuerza para hacerlo. Tanto, que no le quedó suficiente para mantenerse con vida”, razonó Valentín. “- No nos detengamos. No podemos perder a otro”.

El grupo entero percibía cómo se elevaba la temperatura alrededor de ellos, pero no veían reacción alguna en Carlos.

“- Por favor”, dijo Valentín.

Carlos comenzó a respirar, aunque no lograba recobrar la conciencia.

Francisca retiró sus manos, y se sentó sobre el piso. “- No puedo seguir, estoy agotada”.

“- Yo me encargo”, respondió Valentín. “- Lo precisamos para poder volver”. Los demás vieron como su cabello comenzaba a perder pigmentación, y las canas ganaban terreno.

“- Valentín, no tiene sentido. No podemos arriesgarnos a que te consuma”, dijo Francisca.

Valentín continuó con el tratamiento, y su tez comenzaba a perder color también.

“- Hay que sacarlo”, dijo el comisario a Felipe, quien asintió y avanzó con él hacia Valentín para interrumpir el flujo.

Apoyaron sus manos en los hombros de Valentín, e inmediatamente fueron despedidos por un chispazo que los arrojó por los aires.

“- Ya falta poco”, dijo Valentín, sin percatarse en absoluto de lo que recién había sucedido. Retiró las palmas del cuerpo de Carlos, y se recostó sobre el suelo, exhausto.

Francisca se acercó hasta él, llevando de la mano al pequeño. “- Valentín”.

“- Dale un minuto”, respondió con dificultad. Aún le faltaba el aire. El rosado volvía a colorear su rostro y extremidades. Los cabellos blancos también empezaban a retroceder, aunque no por completo.

Carlos incorporó su tren superior, apoyando sus manos sobre el suelo. “- ¿Qué me pasó? Siento como si un tren me hubiera pasado por arriba”.

Observó a Valentín horizontal delante suyo, y se volvió a los demás demandando alguna explicación.

6

Decidieron descansar en el almacén, con guardias por turnos del comisario y Felipe. Cuando los primeros rayos del sol entraron por la puerta, decidieron compartir una comida juntos, antes de regresar al exterior.

“- ¿Ahora podremos saber cómo fue que nos encontraste? ¿Y cómo hiciste para llegar hasta acá?”, preguntó Francisca a Valentín.

Valentín bajó su bocadillo, y bebió un poco de agua antes de comenzar. “- Mi tío los delató cuando fueron a buscarme. Tenía deudas de juego, y la recompensa le venía bien para ponerse al día. Decidí dejar la casa cuando no estaban alerta, y busqué el rastro de energía de Francisca y Carlos, lo que me llevó hasta la vivienda en el campo. Cuando llegué, pude detectar el portal que el Falcon había hecho un rato antes unos kilómetros más adelante”.

“- Parecía como un espejo de agua que se proyectaba en la mitad de la carretera. Difuso, pero aun tangible. Nunca imaginé que podrían existir otros mundos además de éste. Aplicando algo de mi propio poder, conseguí atravesarlo”.

“- Lo que no entiendo es cómo vamos a hacer ahora para volver”, comentó Felipe mientras terminaba su café. “- Estamos atrapados de este lado”.

“- Podríamos probar hacerlo con el Falcon”, sugirió Francisca.

“- ¿Estás hablando en serio?”, preguntó Felipe.

“- Si podía cruzar de un lado a otro, incluso permitiendo que otros cruzaran -lo hizo la criatura, lo logró hacer Valentín-, quizás podamos volver a hacerlo”.

“- Creo que Valentín lo dejó fuera de servicio con la descarga de anoche”, comentó Carlos.

“- Vamos a revisarlo. Tenemos que probar”, dijo Francisca.

Salieron a la calle, y el Falcon permanecía en el mismo lugar donde lo habían dejado hacía unas horas.

“- Alguien que llame al seguro, éste va a restos sin duda”, bromeó Felipe.

Francisca avanzó hacia el Falcon, abrió la puerta del conductor y tomó asiento al volante. Intentó con el encendido, pero nada sucedió.

Carlos se aproximó hasta el motor, y revisó las piezas. “- No soy un experto, pero quizás si le damos carga funcione”.

“- ¿Y estamos seguros de que queremos volverlo a la vida?”, preguntó Felipe.

“- Es eso, o nos vamos acomodando alguna casa para establecernos acá”, respondió Carlos.

Valentín se colocó a su lado, y se dirigió a Francisca. “- Voy a darle una mínima carga, y en ese momento probás con el encendido”. Colocó sus manos en lo bornes a modo de pinzas, y le dio una leve descarga. En simultáneo, Francisca intentó encender el Falcon. Nada.

“- Otra vez”, demandó Valentín.

Francisca volvió a girar la llave en el contacto, mientras Valentín transmitía corriente al Falcon.

El motor zumbó levemente, y comenzó a carburar.

Los que estaban fuera del vehículo, observaban a Francisca y cualquier posible venganza que el Falcon decidiera aplicar contra ella. Colocó la primera, y avanzó un par de metros, con un andar irregular a causa de los neumáticos pinchados.

“- ¿Todo bien?”, preguntó Valentín.

“- Creo que va a responder a mis indicaciones”.

“- Entonces, tenemos que conseguir un par de repuestos para las cubiertas. Iñaki, ¿sabés dónde podemos conseguirlas?”.

“- Sí, mi padre tenía algunas en la casa”.

La vivienda estaba casi al otro lado del pueblo. Presentaba la misma devastación que los demás inmuebles del lugar.

“- ¿Hay algo que te gustaría que busque además de las cubiertas?”,

preguntó Carlos a Iñaki.

“- Sí. Mi auto de juguete”.

Carlos ingresó a la casa, e investigó la distribución. La vivienda era de una sola planta. Al frente, la sala de estar. En el hall de distribución en forma de cruz, a la izquierda se ubicaba el baño, y a la derecha la cocina. Al fondo, los dos dormitorios. Entre medio de ambos, una puerta que comunicaba a un pequeño depósito. Abrió la puerta del mismo, y ubicó inmediatamente las cubiertas que buscaba. Cuando se disponía a regresar, buscó el cuarto infantil, y comenzó a rastrear el pedido que había realizado Iñaki. Un auto de juguete. Sobre el estante encima de la cama, encontró un Ford Falcon de color rojo.

“- Tiene que ser una broma”.

Acercó su mano con temor al juguete, y no se decidía a tomarlo.

“- ¿Carlos? ¿Todo bien?”, preguntó el comisario desde el frente.

“- Sí, yendo”. Agarró el juguete, y un escalofrío le recorrió la columna.

“- ¿Encontraste el auto del niño?”, preguntó Felipe al verlo acercarse.

“- Sí”, contestó mientras se lo arrojaba sin previo aviso.

Felipe lo tomó con ambas manos, y cuando pudo identificar lo que había atrapado dejó escapar un gemido de sorpresa.

“- Iñaki, ¿qué es eso?”, preguntó Francisca.

“- Un regalo que me hizo mi papá”, respondió el pequeño.

Felipe se lo entregó, y se volvió a Carlos. “- Vamos a cambiar esos neumáticos.

Cuando todos se terminaron de ubicar dentro del vehículo, Francisca comenzó a conducir por la carretera. “- ¿Cómo vamos a hacer para que vuelva a abrir el portal?”.

“- Sigamos avanzando. Cuando nos acerquemos al lugar donde podamos cruzar al otro lado, lo vamos a percibir entre los tres”, contestó Valentín observando a Francisca y Carlos.

Recorrieron varios kilómetros, sin tener ningún indicio.

“- Sigamos un poco más, y en todo caso damos la vuelta y probamos en sentido contrario”, propuso Valentín.

Francisca mantuvo el rumbo por unos minutos más, y cuando se disponía a girar el volante para un giro de ciento ochenta grados, Valentín le indicó detenerse. “- ¿Sienten algo?”.

“- Sí”, respondieron Francisca y Carlos al unísono.

“- Un resabio de alguno de los portales que usó el Falcon antes está latente ahí delante. Vamos a concentrarnos y generar suficiente energía para intentar abrirlo”.

Francisca retomó el andar del vehículo, y los tres se tomaron de las manos. Valentín volvía a concentrar la energía del trío.

“- Más velocidad”, mandó Valentín.

“- La otra vez perdimos el conocimiento”, advirtió Felipe.

“- Creo que el Falcon no va a poder adormecernos esta vez”, respondió Valentín.

La energía comenzó a fluir desde el cuerpo de Valentín, y el portal comenzó a materializarse frente al Falcon, que acortaba la distancia a cada segundo para concretar el cruce. Cuando lo alcanzaron, el transporte hacia el otro lado era completamente diferente a lo que habían imaginado. Una sensación agradable y tranquila recorría sus cuerpos. El Falcon reapareció en las afueras de la vivienda rural.

6

Francisca regresó a la vivienda luego de dejar Falcon en el contrafrente, alejado de la visual del camino vecinal. Encontró al resto del grupo reunido en el centro de la sala.

“- ¿Ya decidieron qué vamos a hacer?”, preguntó al ingresar al círculo.

“- Nos vamos a entregar. No hay otra opción”, respondió el comisario.

Francisca permaneció boquiabierta, e intentó procesar la información que estaba recibiendo. “- ¿Entregarnos?”.

“- Nosotros dos, y Felipe. No tienen cargos graves contra nosotros. Tampoco tenemos antecedentes. Valentín puede volver a su casa. Nadie lo está buscando a él. Ofreció llevarse a Iñaki. No tenemos forma de explicar su presencia. No hay registros de este lado de su existencia. Es lo más sensato en este momento”.

“- Pueden ir a visitarlo cuando gusten”, agregó Valentín.

El comisario continuó con su explicación. “- A Carlos en cambio, lo espera una celda. Piensa que se puede ocultar por un tiempo en el orfanato en el que creció. Hasta que las cosas se tranquilicen al menos. Luego, nos buscará para que lo ayudemos a salir del país”.

Guardaron silencio durante algunos segundos, y se rodearon con un abrazo que hizo innecesarias las palabras.

“- Valentín, la camioneta está en el garaje”, indicó Francisca.

“- Bien; creo que acá nos despedimos. Espero que nos veamos pronto”, deseó Valentín. Tomó a Iñaki de la mano, y caminaron hacia la puerta en paz.

“- Carlos nos va a dejar lo más cerca a la ciudad que le sea posible, sin arriesgarse a que lo capturen. Caminaremos el resto del camino”, dijo el comisario.

Cruzaron el umbral de la puerta de la construcción por última vez, y la rodearon para llegar a donde el Falcon.

“- ¿Preparados?”, consultó Carlos.

“- Es más fácil decirlo que estarlo”, respondió Felipe.

Subieron al vehículo, y observaron a la camioneta alejarse por el camino.

“- Va a estar bien”, dijo Felipe tomando la mano de Francisca.

“- Lo sé, pero como quisiera que pudiéramos quedarnos con él”. Se resguardó en el pecho de Felipe, y permaneció allí por el resto del viaje.

EPÍLOGO

Carlos observó al trío caminar por la ruta, bajo el calcinante rayo del sol. Aún tenían algunos kilómetros por delante, pero llevarlos un poco más

hubiera significado arriesgarse en exceso. Encendió el motor del Falcon, y dobló en el primer camino vecinal que divisó.

Regresar al orfanato no era una opción. Expondría demasiado al señor Franklin, y perjudicarlo de alguna forma era algo que no podría perdonarse nunca.

Sin dinero, sin un plan concreto, deambuló por el camino de tierra durante horas. Deshabilitado el medidor del combustible, desconocía cuando quedaría varado en la mitad de la nada.

El ocaso comenzó a caer sobre el descampado, y Carlos intentó encender los faroles del Falcon. La descarga que había aplicado Valentín los había inutilizado también. Decidió detener la marcha; debería esperar al amanecer para continuar, aunque aún no dilucidaba con claridad hacia dónde.

La temperatura dentro del Falcon comenzó a descender bruscamente. Espasmos comenzaron a recorrer su cuerpo. Lo único en lo que pudo pensar para distraerse del frío fue en bajar del automóvil y caminar, para calentar el cuerpo.

Avanzó varios pasos delante del Falcon, y de pronto los focos se encendieron a sus espaldas. Carlos se volvió al instante, esperando un ataque traidor del automóvil.

La puerta del conductor se abrió, al mismo tiempo que un portal comenzaba a materializarse ante sus ojos.

Carlos pasó su mano sobre su boca y mandíbula, y luego la llevó a su frente. El Falcon le ofrecía una salida. La decisión se volvía la más difícil que había tenido que tomar en su vida.

Rápidamente, el recuerdo de su madre lo asaltó para abofetearlo fuerte en el rostro. Todo lo que había hecho había sido para vengar su memoria. Permanecer de este lado implicaría correr y ocultarse para siempre.

Caminó hacia el Falcon, y se montó en el asiento del conductor. La puerta se cerró por sí sola, y el motor comenzó a aumentar sus revoluciones. El automóvil avanzó hacia el portal, y cruzó hacia el otro lado.

FIN